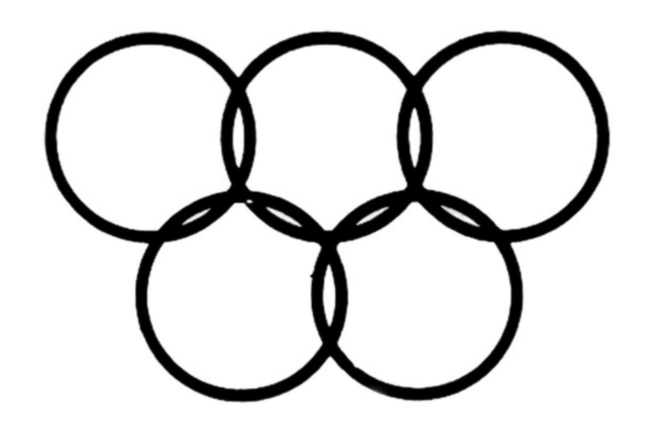


DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
EL DOBLE
ROSTRO
DEL
DEPORTE
Rocco
Sarto



COLECCION
DOBLE JUEGO

ECSA

ROCCO SARTO

EL DOBLE ROSTRO DEL DEPORTE

Colección
DOBLE JUEGO n.º 3
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 10.927-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Minnesota, enero de 1976

El estadio, abarrotado, con esos inconscientes fanáticos que, contra todas las leyes de la prudencia y las órdenes policiales, se encaramaban a las columnas de alumbrado, parecía un monstruo vivo y demente.

Todos, tanto los incondicionales del «Minnesota Blues», como los opositores, llegados en grandes manadas motorizadas desde Illinois, aplaudían, silbaban y gritaban de pie, atacados por la fiebre que por encima de cualquier partidismo genera un jugador excepcional.

En el centro del terreno de juego, Brian Toporsky, inclinado sobre su palo de hockey, recibía la ovación mientras procuraba recuperar el aliento luego de aquella jugada que él mismo iniciara casi en la portería de su equipo adonde había bajado en busca de la pelota para lanzarse por el margen izquierdo del campo, evitando uno tras otro a los componentes de la delantera del «Illinois Team», a los mediocampistas y por último en una jugada permanentemente solitaria, superar a un defensor antes de disparar como solo él podía hacerlo, desde unos veinte metros, y bajar al portero lamiendo la hierba, incapaz de comprender cómo había ocurrido que la bola se incrustara en la red sin que siquiera hubiese podido olería.

Todos los jugadores, clavados en el sitio donde los había paralizado el tanto marcado, observaban a Toporsky como si trataran de registrar para siempre en la memoria aquel momento crucial en el que habían sido testigos de una de las jugadas más espectaculares, lúcidas y efectivas en toda la complicada historia del hockey sobre hierba.

El árbitro consultó su reloj, miró a los veinticinco mil espectadores que, de pie, continuaban bramando, saltando, abrazándose al síncope, se llevó el silbato a los labios y dio dos

largos y agudos pitidos que fueron fácilmente deglutidos por el griterío infernal.

Movió la cabeza a uno y otro lado, levantó los brazos y gesticuló hacia los *line-men,* volvió a pitar y, esta vez sí, el jolgorio de las tribunas amenazó con derrumbar la estructura de hormigón armado del estadio. Brian Toporsky levantó ambos brazos sosteniendo horizontalmente sobre su cabeza el palo de hockey como un caballero teutónico su espada vencedora y comenzó a andar en dirección a la boca de los vestuarios.

Todos sus compañeros del «Minnesota Blue» se abalanzaron entonces sobre él convirtiéndole en el centro de una infinidad de palmadas, tirones de cabello, besos viriles y abrazos emocionados.

Los dos defensas del «Illinois Team» se abrieron paso entre aquella jauría desorbitada y prácticamente arrancaron la camiseta de Toporsky, que ostentaba su nombre cruzado en la espalda como una condecoración al juego impecable, preciso, inteligente y efectivo.

Sus compañeros de equipo lo alzaron a hombros y ganaron la boca de los vestuarios en medio del ensordecedor griterío de aquellas veinticinco mil gargantas enrojecidas.

Antes de desaparecer por el túnel, Brian Toporsky volvió a levantar sus brazos y una sonrisa luminosa cruzó su rostro duro y cuadrado.

En su pecho latía una doble satisfacción.

De una parte, el «Minnesota Blue» había despojado el título de campeón de liga al «Illinois Team», lo que equivalía a una prima jugosa para todo el equipo, además de la enorme importancia de aquella victoria que terminaba con cinco años consecutivos de reinado absoluto de los «Illinois», como los apodaban en la jerga deportiva.

Y la otra razón, tal vez la más importante para el propio Brian Toporsky, era que había conseguido reventar los planes de la mafia del hockey. Su última acción y la consecución del tanto del triunfo había dado al traste con las apetencias de Archie Vunello y su repugnante organización.

El vestuario era un recinto cuadrangular. A un lado, los largos bancos unidos a los casilleros individuales, y al otro, separadas por cuatro metros, las duchas, también individuales...

En el costado opuesto a la entrada se alineaban los lavabos y un espejo que prácticamente cubría toda la pared.

Los periodistas deportivos formaban una disciplinada muralla humana en el vestíbulo de los vestuarios, pero fueron rebasados con éxito por la marcha excitada y bulliciosa de los dos equipos.

—Toporsky… —dijo una voz grave y profunda, demasiado conocida en los medios de difusión como para no necesitar gritar el nombre del triunfador para llamar su atención.

—Hola, señor Baletti —dijo Brian Toporsky.

—¿Tienes unos minutos para mí?

—Desde luego.

—Ha sido un partido difícil, Brian. Me dio la impresión que durante los primeros veinte minutos jugabas con una gran falta de concentración. Algo raro en ti, muchacho. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca —replicó Brian con una expresión súbitamente seria.

—Bien, en todo caso te recuperaste rápidamente y encontraste el verdadero «tempo» del campo, como nos tienes acostumbrados.

—Sí, me repuse…

—¿Estás conforme con el resultado?

—¿Qué si estoy conforme? Estoy más contento que Newbery cuando tocó tierra.

—Escucha, muchacho… he sabido que hay una organización que se ocupa de comprar partidos de hockey. Como tú sabes, el hockey se ha convertido en un negocio, tal como lo fue y lo sigue siendo el *baseball*. Tengo entendido que este partido tenía una importancia especial para estos señores que suelen apostar fuerte. ¿Sabes algo de ello?

—He oído los mismos rumores.

—Brian, te conozco desde que comenzaste tu carrera y creo que eres el mejor. Dime, ¿hay alguna declaración que pueda serte útil? Estamos en el aire y en directo.

La cámara se aproximó al rostro duro del jugador y una mueca de repentina alegría quebró aquellas facciones fatigadas y viriles.

—Sí, hay algo que debo decir, señor Baletti.

—Gracias, muchacho. Adelante.

—Quiero que toda la afición sepa que he sido presionado desde

hace más de dos semanas para que durante este partido procurara «aplastarme». No tuve ninguna duda de que las amenazas que me dirigieron eran reales y durante los primeros minutos del encuentro estuve en duda. No necesito que me compren por dos razones: no tengo precio y soy suficientemente rico como para no necesitar más dinero. Pero tengo una familia. Resolví que no podría vivir si perdía el respeto que siento por mí mismo y que mi familia siente por mí. De modo que… ¡al diablo con los cabrones!

—Bien, señores y señoras, Brian Toporsky, nuestra maravilla del «Minnesota», acaba de expresar algo que todos los aficionados suponíamos: la mafia ha llegado al hockey. Creo que sería era buena idea que las autoridades tomen las medidas oportunas para que un deporte sano y estimulante que integra a varias generaciones no termine en el sucio teatro de los *gangsters* y las apuestas convenidas. Gracias, muchacho.

—Lo único que lamento es… —comenzó a decir Toporsky, pero la marea humana ya había permitido demasiada tranquilidad en aquel recinto y los reporteros de los demás medios deseaban su trozo de exclusiva.

Goose Baletti, bajo, grueso, con ojos negros baje dos espesas cejas tupidas como matorrales y una nariz de exboxeador miró fijamente la cámara.

Su escaso cabello se amontonaba sobre las orejas dejando en medio un cráneo redondo, liso y dorado de sol.

—Si algo le ocurre a este deportista honesto y valiente que acabamos de escuchar todos, sabremos dónde buscar las causas. El deporte, amigos aficionados, ha sido siempre un buen terreno para los más desaprensivos hampones y los Estados Unidos tienen en este sentido un largo historial, nefasto y público. Esperemos que el hockey no entre a figurar en la larga lista de «arreglos» sucios.

El club había organizado una fiesta tras la entrega del trofeo y Brian Toporsky no pudo zafarse de los sucesivos brindis a que fue invitado.

Rosa, su mujer, parecía diminuta a su lado.

Brian era alto, de hombros cuadrados, rostro cuadrado y mandíbula cuadrada. Todo su aspecto era de una extremada solidez.

Medía un metro ochenta y los músculos de las piernas tensaban

las perneras de los tejanos cuando hacía cualquier movimiento, por mínimo que fuese. Pero su habilidad, su destreza, residía en aquellas manos fuertes y callosas que —no obstante— tenían la sensibilidad de un violinista talentoso.

En aquellas manos, el palo de hockey se transformaba en la batuta de un director de orquesta, en el bisturí de un cirujano, en el hacha de un verdugo…

—¿Cómo te sientes en tu gran noche, Brian? —preguntó Rosa, besándolo en el cuello mientras bailaban.

—Muy bien, pero lo mejor todavía no ha comenzado, pequeña.

Ella se ruborizó ligeramente y sintió el cuerpo sólido de su marido cuando la estrechó con fuerza:

—Eres lo mejor que me ha ocurrido, Rosa.

—¿Por qué no me dijiste que te estaban presionando?

—Tenía miedo. No sabía qué iba a decidir.

—Mientes, lo sabías desde un principio. Eres un tipo íntegro, ¿crees que me hubiese casado contigo si no lo fueras?

—Sí, lo creo. Te hubieses casado conmigo aunque fuese el hombre-elefante.

—Solo para vender tus colmillos —rio ella.

—Rosa, tengo treinta años. He estado pensando en dejar el hockey.

—¿Por qué? Es tu pasión.

—Sí, pero ya es hora de que tengamos hijos y hagamos una vida ordenada, sin giras ni ausencias prolongadas. ¿Qué te parece?

—No sería objetiva.

—Me gusta que no lo seas.

—Lo discutiremos esta noche, amor mío.

—Prométemelo.

Ella lo cogió de la nuca y lo atrajo suavemente para besarlo en los labios.

El aplauso los sacó de aquel romántico ensimismamiento. Todos habían formado un círculo a su alrededor y reían a la pareja de enamorados.

Brian cogió a Rosa de una mano y se escabulló por entre aquel mundo de amigos y admiradores como un fugitivo finalmente libre.

—Vamos, pequeña, ahora nos toca a nosotros festejar en privado.

—El coche está del otro lado de la avenida, en el aparcamiento del supermercado. No pude hallar ningún sitio en el club.

—Vamos allá.

* * *

El Cadillac negro estaba aparcado junto al bordillo, frente al callejón que se abría a la avenida.

Los tres tipos fumaban tranquilamente sin perder de vista las puertas del club. De vez en cuando una corriente de viento les traía el murmullo de las risas y el sonido de la música.

—Maldito mequetrefe, nos tendrá de plantón toda la noche —dijo un tipo grande, vestido con una chaqueta a cuadros y pantalones oscuros. Llevaba un sombrero nuevo y su rostro debía haber soportado la acción de una *Caterpillar;* los párpados parecían muy grandes e inflamados aunque aquel era su aspecto normal después de quince años en el boxeo profesional. La nariz era un boniato retorcido y los gruesos labios presentaban viejas muescas de batallas perdidas y otras más de peleas ganadas.

Había una cierta lentitud en el modo en que hablaba y movía los ojos, como si el cuerpo, tras años y años de palizas dadas y recibidas, se tomara ahora su tiempo para iniciar cualquier movimiento. Sin embargo, Dempsey era rápido, inteligente y letal.

Nadie lo llamaba de otro modo. Solo Dempsey, lo que no era ningún hecho que pudiese haber enorgullecido al gran Jack Dempsey, de estar en condiciones de conocerlo.

—¿Qué hora es? —preguntó el hombrecillo que se hallaba a su lado, sentado tras el volante del Cadillac.

—Las doce —replicó Dempsey.

—¿Qué ocurre si sale acompañado? —la voz provenía del asiento posterior del coche.

—Nos ocuparemos debidamente del asunto, señor Vunello —dijo Dempsey con respeto.

Archie Vunello había nacido en los Estados Unidos, en New Jersey. Su padre y su abuelo habían dejado los huesos en el puerto y el pequeño Archie decidió que su suerte no sería la misma. Comenzó como todos los pandilleros, a fuerza de crueldad y violencia hasta que descubrió que la inteligencia consiste en dejar

que los demás hagan las cosas que pueden comprometerlo a uno. Entonces todo resultó más sencillo. Consiguió un padrino y trepó a su sombra como un roedor.

Era alto, con un abdomen que hablaba de su predilección por la comida italiana, un rostro burlón y sarcástico y una absoluta falta de escrúpulos.

No era un personaje demasiado importante, pero tampoco lo deseaba. Era una banda bien pertrechada y con buenos contactos en todos los Estados.

—No deseo ninguna muerte… por ahora, Dempsey.

—Pierda cuidado, señor Vunello.

El tipo delgado que estaba detrás del volante lanzó una risita hueca, de rata palúdica y encendió un pitillo. Era delgado como un mimbre y tenía la nariz exageradamente respingada como si de niño su madre lo hubiese alzado permanentemente de aquel apéndice.

—Allí están —dijo el «Nariz Alzada», Erik Garlik.

—Adelante —ordenó Vunello.

—Vamos, Garlik.

Al lado de Dempsey, Garlik parecía el mojón que indica la presencia de la montaña. Solo su crueldad era comparable a la de su amigo.

Permitieron que la pareja se adentrara en el ahora solitario aparcamiento del supermercado y entonces decidieron actuar.

* * *

—Es una noche maravillosa, pequeña —dijo Brian Toporsky.

Rosa no respondió; se dedicó a abrir la puerta del coche mientras Brian daba la vuelta para sentarse en el lado del acompañante.

Todo ocurrió demasiado rápido.

Brian estaba todavía dando la vuelta al coche cuando Rosa lanzó un grito ahogado que enseguida desapareció bajo la mano nerviosa y brutal de Garlik.

—¿Qué diab…?

—Tranquilo, héroe —dijo el vozarrón de Dempsey.

Una enorme pistola apuntaba a la cabeza de Rosa. Garlik

apretaba la boca de la mujer para impedirle gritar. Su brazo izquierdo inmovilizaba las manos femeninas sobre el pecho y Brian supo solo de verlo que el pequeño de ojillos maliciosos era un psicópata.

Dio un paso hacia él, pero el vozarrón de Dempsey lo detuvo.

—Acércate, sí, pero muy despacio.

Se detuvo a dos pasos de ellos.

—Suelta a mí esposa, hijo de perra.

Garlik se limitó a reír con sus grandes dientes amarillos.

—Pon las manos sobre el coche, héroe. La cosa es contigo, no con la reina. Pórtate bien y ella no sufrirá ningún daño irreparable.

Brian obedeció.

Acababa de poner las manos sobre el techo de su automóvil cuando Dempsey dio un paso hacia él y con un movimiento velocísimo le golpeó la mano derecha con la culata de su pistola.

El ruido de los huesos al astillarse retumbó tras el estruendo del golpe.

Brian lanzó un grito de dolor y cayó arrodillado al suelo.

Garlik tuvo que apelar a toda su fuerza para sujetar a la mujer, que se revolvió espasmódicamente entre sus brazos.

—Su marido tiene cosas que aprender, señora —dijo Dempsey.

Brian se sujetaba la mano herida con el rostro congestionado de dolor.

Rosa consiguió abrir los labios y apresar con sus dientes uno de los dedos del tipejo delgado.

Mordió con todas sus fuerzas pero no consiguió zafarse de sus zarpas, en cambio sí pudo lanzar un grito:

—¡Socorro!

Garlik le dio la vuelta y le aplicó un puñetazo en el estómago. Rosa se dobló en dos ante la mirada desesperada de Brian.

Dempsey se inclinó junto al jugador y le dio un culatazo en los riñones.

Brian cayó cuan largo era junto a su automóvil. Su rosto estaba a escasas pulgadas del de su mujer. Rosa procuraba respirar mientras Garlik le sujetaba los brazos a la espalda.

Sintió que dos garras poderosas cogían su brazo izquierdo y lo estiraban. Un zapato presionó su muñeca y le obligó a abrir la mano izquierda. Esta vez esperaba el golpe y le dolió todavía más.

El culatazo reventó los huesos de su mano izquierda, pero no pudo sentir el dolor demasiado tiempo.

—La próxima vez mataremos a tu mujer, de modo que, si sabes lo que te conviene, aprende a callar tu sucia boca, héroe.

Dempsey levantó su puño grande como una masa y golpeó a Brian en la base del cráneo. Lo último que vio fue la sonrisa truculenta de Garlik cuando se disponía a hacer lo mismo con su mujer.

* * *

Goose Baletti se puso de pie y detuvo al médico que se aproximaba por el pasillo.

Dentro de la sala de espera, una docena de personas de rostros apesadumbrados siguieron a Baletti.

—¿Cómo está, doctor?

—La señora de Toporsky se encuentra bien, solo tiene una pequeña inflamación en la cabeza.

—¡Cristo, me alegro por ella! ¿Y el muchacho?

—Señor Baletti, hemos hecho todo lo que hemos podido para componerle las manos… —el rostro del médico buscó algo en el final del pasillo con infinita tristeza. No pudo hallarlo y clavó sus ojos fatigados en el rostro cetrino del periodista deportivo.

—¿Sí? —lo alentó Baletti.

—Con suerte y dedicación, en un par de años podrá tener fuerza suficiente como para darle la mano a un niño de pecho. Han convertido sus huesos y sus nervios en una pulpa aplastada. Eran profesionales.

—Sí —dijo Baletti—, eran profesionales.

CAPÍTULO II

San Francisco, diciembre de 1980

Ilona Maxwell estaba sentada en el banquillo de los asistentes técnicos del «S. F. Winners». Era una muchacha alta, con una corta melena color caoba, ojos de un verde intenso y el cuerpo de una valquiria acostumbrada desde pequeña a la disciplina del deporte. Piernas fuertes y perfectas de bailarina y gimnasta, torso delgado, brazos largos y resistentes y un rostro delicioso que en aquel momento expresaba una inmensa excitación.

Miró a la mujer que tenía a su lado y dijo:

—Créeme, volverán a hacerlo.

—¡Es imposible!

—Ya lo verás —dijo Ilona confiada.

En el campo de juego Ricky Crown aguardaba la orden del árbitro para recomenzar el cotejo. Miró ligeramente hacia el banquillo donde estaba Ilona y ella adivinó el guiño divertido del hombre.

—¿Apuestas algo, querida? —preguntó a la mujer que estaba a su lado.

—No, conozco a tu marido.

—Marthe —dijo Ilona—, tendrás que explicarme esa afirmación en cuanto termine el partido.

Las dos amigas rieron y en ese momento el árbitro dio el pitido que los jugadores estaban aguardando.

Ricky lanzó un pase largo al extremo derecho y corrió por el flanco izquierdo hacia la portería contraria. Se detuvo a unos cinco a seis metros de los defensores y aguardó. El extremo derecho, «Dum-Dum» Jackson, avanzó unos treinta metros con la pelota, alzó la vista, miró la posición de Ricky y pegó un golpe terrible a la pelota, que salió despedida como una bala de cañón.

Ricky alzó la mano izquierda, saltó y detuvo la pelota, que cayó muerta a sus pies. Era una jugada permitida, solo que nadie podía

esperar que alguien fuese capaz de detener aquel proyectil infernal con la mano.

Cuando la pelota tocó la hierba, Ricky alzó el palo y le asestó un golpe corto hacia el primer defensa, saltó inmediatamente tras ella y volvió a tocarla. La pelota pasó entre las piernas del defensa mientras Ricky rodeaba al jugador, la alcanzaba del otro lado y la golpeaba con su característica precisión para hundirla en la red de la portería contraria mientras el portero, embutido en su coraza de cuero quedaba espatarrado, incapaz de comprender lo que había ocurrido.

Toda la acción, desde que el árbitro pitara hasta que la pelota quedara dormida en la portería, había durado solo unos quince segundos.

Aquel tanto era exactamente igual al que los dos hombres habían conseguido diez minutos antes.

—¡Te lo dije! —estalló Ilona, poniéndose de pie y gritando con entusiasmo.

Marthe, contagiada por aquella explosión acompañó a Ilona en sus gritos de aliento.

Ricky Crown pidió ser sustituido y se reunió con las dos amigas.

Marthe era una muchacha negra con ojos color café y el cabello ondulado. Los altos pómulos se tensaban cuando sonreía con aquella maravillosa dentadura marfileña, grande y perfecta. Tenía la nariz pequeña y los labios carnosos. Era muy hermosa y su afición por la canción, sumada a su talento de bailarina y a su cuerpo de diosa de ébano, la convertía en una promesa para el mundillo artístico.

Ella e Ilona eran amigas desde pequeñas.

—¡Cristo, sois espectaculares! —dijo Ilona rodeando a Ricky por el cuello.

—Ese tipo es increíble —comentó Ricky sin dejar de mirar al corpulento «Dum-Dum» Jackson, cuya piel oscura brillaba bajo el sol de la tarde.

—Me gusta —dijo Marthe—, ¿cuándo se ha incorporado a «S.F.».?

—Ayer fue su primer entrenamiento, chica. ¿De modo que te gusta tu camarada de color? —bromeó Ricky.

—Sí, señor. Lo prefiero a un blanquito con buena suerte como

tú, aunque debo admitir que tienes un porte interesante.

—Ilona, nuestra amiguita Marthe está tratando de seducirme.

—Es tu problema, Carapálida —dijo Marthe—; no busques apoyo en tu mujercita.

—¿Por qué no le presentas a «Dum-Dum», Ricky? Tal vez de ese modo consiga retenerte a mí lado.

Ricky miró hacia el campo de juego.

«Dum-Dum» Jackson era un mago con el palo de hockey y su dominio del campo era absoluto. En el entrenamiento del día anterior habían comprendido que ambos tenían iniciativas complementarias, que podían adivinarse y aquella jugada que habían repetido esa tarde en dos ocasiones, con el resultado de sendos tantos perfectos, era la rúbrica a su juego de pareja.

—Cuéntame algo de él, Rick, ¿está casado? —inquirió Marthe.

—No lo vas a creer, preciosa.

—¿Qué es lo que no va a creer? —intervino Ilona.

—No hemos hablado en absoluto. Ni ayer ni hoy. Solo unos minutos antes de salir al campo. Durante el descanso se acercó a mí y me dijo si era capaz de parar una pelota aérea. Le dije que sí y entonces me indicó la jugada. Eso es todo.

—¿Quieres decir que no lo había practicado antes? —preguntó Ilona atónita.

—Eso es lo que acaba de decir, pequeña.

—¡Es increíble, Rick!

—Así lo parece, ese muchacho tiene un talento especial y haremos una buena pareja ofensiva.

—¿Quién lo contrató, Rick?

En el tono de Marthe había un interés notable.

—Roland, antes de marcharse.

—¿Quién es ahora vuestro nuevo entrenador?

—No lo tenemos todavía. Me encargo yo de planificar los encuentros, soy el capitán de los «S.F. Winners», ¿recuerdas?

El silbato del árbitro indicó que el partido había terminado con la victoria de «S.F. Winners» por dos tantos a cero.

Los jugadores se saludaron, todos excepto «Dum-Dum» que se dirigió al trote a los vestuarios.

—¡Eh, «Dum-Dum»! —llamó Ricky—. Hay una persona que desea conocerte —y señaló a Marthe.

«Dum-Dum» miró a la muchacha negra inexpresivamente y sin detenerse.

—Estoy muy apurado, hombre —dijo y desapareció en los vestuarios.

Marthe miró atónita a Ilona.

—Es un grosero, un verdadero borde —dijo Ilona.

—Tal vez está fatigado —terció Ricky, procurando que el gesto del jugador no fuese exagerado por la decepción de las muchachas.

—Pues es un grosero —dijo Marthe.

—Niña, eres preciosa y sugestiva como una gata, tienes la sonrisa de una princesa africana y cualquier ser humano normal se dejaría cortar las orejas por una palabra amable de esos labios juguetones, pero debes aprender que algunos tipos pueden ser inmunes a tus innumerables encantos.

—¡Ricky, eres un verdadero payaso! —estalló Marthe y un instante después los tres amigos se echaban a reír.

—¿Qué edad crees que tiene? parece un tipo maduro —preguntó Ilona.

—Mi edad, veintinueve años. Lo leí en su ficha.

—¿Qué más leíste en su ficha, Rick?

La voz de Marthe había recuperado su interés.

—Nada personal, solo los datos exigidos para su historia deportiva.

—Ese hombre me gusta —dijo Marthe.

—¡Eh, niña, nunca te había visto tan entusiasmada! —bromeó Ilona.

—Nunca había visto un tipo igual —replicó la muchacha morena.

—Bien, te prometo hacer un segundo intento, ¿de acuerdo?

—No, Rick, olvídalo. Ahora me toca a mí.

—Tú mandas, cariñito.

—Ve a cambiarte y luego iremos a cenar a mi casa; he preparado una excelente barbacoa para festejar el triunfo.

—Esa es mi mujercita —dijo Ricky, y besó con fuerza los golosos labios de su compañera.

—Date prisa —insistió Ilona cuando él desapareció en la boca del vestuario.

—¿Crees en los flechazos amorosos? —preguntó Marthe

mientras se dirigían al bar del club.

—Creía en ellos hasta que conocí a Ricky y entonces solo tenía veinticuatro años.

—Es la edad que yo tengo ahora, Ilona. Tal vez este sea *mi* flechazo —rio Marthe.

—Ven, tomaremos una copa antes de que llegue el momento de la ofensiva, ¿de acuerdo?

—Sí, ¿por qué no? Después de todo, «Dum-Dum» tiene que pasar por la cafetería para marcharse.

—A menos que prefiera cruzar todo el estadio —rio Ilona.

* * *

Veinte minutos más tarde, Ricky entraba en la cafetería.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Ilona al ver su rostro—. Pues, no lo entiendo...

—¿Dónde está «Dum-Dum»? —quiso saber Marthe. Ricky señaló hacia el campo de juego.

Vestido con un chándal azul, «Dum-Dum» corría hacia la puerta de servicio del club.

—¡Mierda! —dijo Marthe.

CAPÍTULO III

—Bien, hoy serán quince kilómetros —dijo Ricky Crown.

Estaban vestidos con pantalones cortos, zapatillas y camisetas sin mangas con los colores del «San Francisco Winners», dos franjas paralelas, horizontales, de color amarillo sobre el tejido gris de la camiseta.

Los treinta hombres, entre jugadores titulares, suplentes y técnicos, iniciaron el trote hacia la Avenida Costanera. Ricky encabezaba el pelotón con los brazos encogidos, respirando acompasadamente, sintiendo el ritmo de los músculos, el lento calentamiento, la poderosa marea del torrente sanguíneo alcanzando su exacta velocidad. Era como un observador de su propio cuerpo. Tras largos años de entrenamientos había aprendido a detectar hasta el último recurso de su perfecta complexión.

Miró hacia atrás. El pelotón lo seguía a buen paso. «Dum-Dum» Jackson iba pegado a sus talones, un poco a su derecha, mirando hacia adelante con las grandes pupilas muy dilatadas, sin pestañear. Su cuerpo musculoso brillaba de sudor y las largas piernas parecían moverse con independencia del torso. No había en él ningún signo de agitación.

Ricky dejó pasar a su equipo para echar un vistazo a todos y cada uno de los jugadores y luego aceleró su paso para regresar al frente.

«Dum-Dum» se había alejado unos treinta metros del pelotón sin acelerar su paso. Ricky calculó que ya habrían corrido unos seis kilómetros porque en la curva de la bahía alcanzaba a divisar la torre de Alcatraz. Comprendió que Jackson no había aumentado su velocidad sino que mantenía constante el ritmo impresionante de la carrera mientras que los demás iban perdiendo vigor.

Aumentó su propia velocidad para salvar aquellos treinta metros que lo separaban del negro, y se puso a su lado.

—Chico, eres de hierro —dijo con voz queda.

«Dum-Dum» no respondió.

—De acuerdo, amigo —dijo Ricky—, deja ya de fatigarme con tu continuo monólogo.

Llegaron a la playa y corrieron los últimos dos kilómetros sobre la arena húmeda, a la orilla del mar.

—¡Ya está bien! —gritó Ricky y el pelotón se detuvo.

Se sentaron en la arena en la posición del loto, mirando fijamente la línea pálida del horizonte donde el sol apenas comenzaba a arañar la superficie abombada del océano.

—Bien, ahora respirad profundamente, retened el aire en los pulmones y luego expulsadlo lentamente, muy lentamente… así… eso es… bien, otra vez… sí, eso es… muy bien, ahora una vez más.

«Dum-Dum» Jackson parecía un buda oscuro, absolutamente impasible, con los ojos clavados en la rompiente. Su pecho se movía acompasadamente, sin prisa, sin ninguna exigencia. A no ser por la camiseta empapada de sudor, se diría que era un bien nutrido *fakir* en busca de su mandala.

Hicieron gimnasia durante una hora y luego improvisaron un partido de hockey en la arena. Solo un tiempo de quince minutos. Para cualquiera que alguna vez haya corrido sobre la arena, será sencillo comprender que aquel último episodio del entrenamiento terminó con las reservas de oxígeno de todos.

De todos excepto de «Dum-Dum», que se acercó a Ricky con su paso elástico y dijo:

—¿Alguna contraindicación para un baño de mar?

—En absoluto, Jackson —replicó el capitán del equipo.

«Dum-Dum» se despojó de las zapatillas, los calcetines, la camiseta y el pantaloncito. Su cuerpo perfecto y musculoso cubierto solamente con un elástico *slip* negro parecía extraído de una revista de culturismo.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Ricky.

—El océano es amplio, hombre —replicó el negro.

* * *

Cuando el autocar del club llegó una hora más tarde en busca del equipo, «Dum-Dum» y Ricky hacía quince minutos que habían regresado de su periplo acuático.

Una vez que se hubieron cambiado, Ricky los reunió para

discutir la estrategia del próximo encuentro, el siguiente fin de semana.

Irían a Los Ángeles a enfrentarse con uno de los equipos más fuertes y hábiles de toda la Liga del Oeste, el «Black Angels».

Solo organizaron las jugadas de rigor y vieron una película de las mejores jugadas de sus próximos adversarios.

—Bien, chicos. Podéis iros. Portaos bien y sed felices —bromeó Ricky al despedirlos.

«Dum-Dum» cogió su bolso y se encaminó hacia la salida.

—Un momento, Jackson. Deseo hablar contigo.

La expresión de Jackson decía a las claras cuál era su interés en aquella charla.

—Mira, «Dum-Dum», he estado observándote. No sé qué es lo que te ha ocurrido para que odies a todo el mundo, o por lo menos para que todo el mundo te resulte indiferente, pero esto es un equipo de hockey, formamos un grupo que debe entenderse y funcionar como una máquina bien aceitada. ¿Comprendes lo que te digo?

—¿Tienes alguna queja de mí?

—Me gustaría que procuraras ser más sociable. La sociabilidad constituye una parte importante, no se trata solamente de entrenarse como un burro y jugar de un modo genial. Hay que hacerlo con… sentimiento.

—¿Es todo?

—Sí, es todo.

Jackson se echó el bolso sobre el hombro, miró seriamente al capitán de su equipo, dio media vuelta y se dirigió trotando hacia la salida de servicio, del otro lado del estadio.

Ricky cogió su bolso y salió por la puerta principal del club.

Ilona lo aguardaba en el coche.

—¿Qué? ¿Os ha ido bien?

—Sí, muy bien. ¡Y tú, qué has hecho durante toda la mañana?

—¿Además de desayunar con Robert Redford?

—Creí que hoy le tocaba el turno a Al Pacino.

—No, demasiado serio para mí gusto.

—¿Qué opinas entonces de tu complaciente marido?

—Vamos, muñeco. Te invito a almorzar en la playa.

—De acuerdo, pero tiene que ser algo ligero, tengo que estudiar.

¿Sabes? No seré jugador de hockey toda mi vida.

—No, serás un abogado con un excelente físico para conquistar a las jóvenes colegas durante los juicios orales.

* * *

Salieron de la ciudad y cogieron la carretera del sur con dirección a Santa Cruz.

A unos cuarenta kilómetros, detuvieron el coche en un merendero de aspecto humilde pero donde se servían los mejores mariscos.

Se sentaron en la terraza, sobre los médanos. Eran los únicos parroquianos y el sol entibiaba las primeras horas de la tarde como un compañero ineludible de cualquier jornada californiana.

Cuando terminaron de comer y se disponían a marcharse, Ilona pareció sorprenderse y, señalando hacia la playa, dijo:

—Mira, ¿no es ese «Dum-Dum» Jackson?

A unos cuarenta metros, sobre la playa, «Dum-Dum» Jackson se encaminaba hacia la orilla del mar. Sobre los hombros llevaba a una chiquilla que no podía tener más de diez años y en su mano izquierda arrastraba una silla de ruedas plegada.

Depositó a la niña sobre la arena y dejó a un lado la silla de ruedas. Se inclinó sobre la pequeña y dijo algo junto a su oído, la niña rio y «Dum-Dum» se unió con su franco vozarrón a sus carcajadas cristalinas.

Se abrazaron y rodaron hasta que las olas lamieron sus cuerpos, entonces «Dum-Dum» la alzó en sus poderosos brazos y echó a correr como un potro indomable en dirección hacia donde ellos se hallaban.

—Vámonos de aquí, Ilona.

—Pero… ¿por qué?

—Es un sujeto muy especial, cariño. Estoy seguro de que le gusta estar solo.

—¿Crees que es su hija?

—No lo sé.

—Marthe se sentirá miserablemente mal cuando lo sepa —dijo la muchacha.

—Ese hombre es increíble —dijo Ricky reflexivamente.

Ilona lo observó. Conocía perfectamente a su marido y sabía que estaba sumergido en alguna idea que lo perturbaba.

—Se ha entrenado toda la mañana como todos nosotros, solo que más y mejor. En ningún momento demostró cansancio y ahora corre por la arena con una niña en hombros. ¿Crees que es humano o será solamente un nuevo tipo de androide de color destinado a revolucionar el deporte?

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Lo he intentado. He procurado hablar con él pero es como un mulo sordo y de sesos de cemento armado.

—Necesita ayuda —dijo Ilona.

—¿Cómo lo sabes?

—Confía en mí, cariño. Tengo un enorme sentido común. Un hombre como ese que está allí jugando con una pequeña lisiada no puede ser un androide hermético.

—Sí… tienes razón.

«Dum-Dum» detuvo su carrera y cogió a la niña por las axilas para hacerla girar en el aire hasta que los gritos de la pequeña se transformaron en carcajadas incontenibles. Entonces se detuvo, la miró fijamente y luego la estrechó contra su pecho poderoso.

—Vámonos de aquí —dijo Ricky.

Ilona sintió que dos lágrimas tibias pugnaban por huir de sus pupilas.

CAPÍTULO IV

Existía una vieja rivalidad entre los «Black Angels» de Los Ángeles y los «San Francisco Winners» de San Francisco. El equipo de los «Angels» estaba constituido por jugadores importados de otros Estados y cuya habilidad se calculaba en dólares. Dólares que los «Black Angels» tenían en demasía y que no los obligaba a crear buenos jugadores desde las divisiones inferiores.

Era un club que arrastraba a todos los aficionados de Los Ángeles, pero sería exagerado asegurar que todos aquellos aficionados eran incondicionales de su club. Seguían a rabiar a tres o cuatro jugadores que eran oriundos de Los Ángeles pero no tenían ese sentido de pertenencia que el «San Francisco Winners» inculcaba en su público.

El autocar que llevó al equipo de Ricky Crown hasta el estadio de los «Angels» iba escoltado por una larga caravana de fanáticos del hockey dispuestos a perseguir a su equipo hasta el mismísimo Nepal si en verdad los lamas formaran un equipo de hockey, hecho bastante improbable…

Jackson se había sentado en el último asiento y miraba fijamente por la ventanilla. Parecía preocupado y respondía con monosílabos a los comentarios que le dirigían sus compañeros.

Alvarados, un californiano del sur, de mediana estatura y rectangular como un ladrillo, defensa del «S.F. Winners» se sentó a su lado, guiñó un ojo al resto de los jugadores y dijo:

—Escucha, hombre. He sido designado para hacerte una pregunta.

Jackson miró al mexicano y luego al resto del equipo que parecía pendiente de ellos.

Ricky escuchaba con atención desde el primer asiento del autocar, rogando porque aquella bestia humorística de Alvarado no dijera una de sus acostumbradas barbaridades.

—Todos conocemos tus hazañas en los campos de juego. Has ido de uno a otro Estado y en todos has jugado en los mejores equipos.

Eres un ángel con el palo entre tus manos, pero… hay algo que no hemos podido averiguar. Ni siquiera Goose Baletti lo sabe.

Jackson miraba fijamente a Alvarado.

—No quiero que lo tomes a mal, Jackson, pero… ¿por qué diablos te dicen «Dum-Dum»?

Jackson no mostró ninguna expresión especial. Se limitó a pasear una mirada triste por los rostros que estaban pendientes de él y luego clavó sus ojos en el mexicano:

—Es una historia personal, Alvarado. Si no te gusta mi apodo, puedes llamarme Aldous; ese es mi nombre.

Y giró el rostro hacia la ventanilla.

—De acuerdo, Aldous —dijo Alvarado—, y se encaminó hacia su propio asiento.

Ricky suspiró aliviado.

Algo le había llamado la atención en las palabras de Alvarado. ¿Por qué diablos un jugador excelente como «Dum-Dum» había vagado de uno a otro equipo por todos los Estados Unidos cuando podría haberse convertido en la estrella de cualquiera de ellos?

Sonrió con resignación. Dado el carácter de Jackson, no era muy probable que se enterara jamás de la razón de aquel éxodo permanente.

* * *

El estadio de los «Black Angels» parecía a punto de derrumbarse bajo el peso de treinta mil fanáticos en pie de guerra vociferando y dando puntapiés en las gradas.

Ricky repasó con su equipo la estrategia convenida y cuando salían al campo de juego sintió una mano pesada en su hombro.

Era Jackson.

—¿Te ocurre algo, Jackson?

—Escucha, hombre. Repetiremos la jugada del tiro en alto en los primeros minutos del partido. Tú dejarás pasar la pelota o no podrás cogerla. Ellos pensarán que lo que hicimos en Frisco fue una afortunada casualidad. No lo intentaremos nuevamente hasta el segundo tiempo. Hasta entonces seguiremos con tu estrategia.

—¿Eres nuestro nuevo director técnico? —preguntó Ricky.

—No, hombre. Pero durante los últimos veinte minutos del

segundo tiempo, cuando ya no esperen nuestra jugada, vamos a marcarles un par de tantos. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto.

Jackson lo miró fijamente, pasó a su lado, y subió trotando la escalera que llevaba al campo de juego.

* * *

El primer tiempo fue duro. Los dos equipos, estimulados por el griterío ensordecedor de sus partidarios, hacían un juego fuerte.

Cada uno marcó un par de tantos y el empate se prolongó hasta el final de la primera parte. En el último minuto Alvarado fue alcanzado por un golpe accidental que lo dejó doblado sobre el terreno. El árbitro no vio la acción y tampoco atendió los gestos que le hacía el *lineman* por lo que los «Black Angels» marcaron su tercer tanto pocos segundos antes de que el pitido indicara la culminación de aquellos demenciales cuarenta y cinco minutos.

Jackson fue hasta el mexicano, lo alzó en brazos como si no pesara sus buenos ochenta y cinco kilos y lo llevó hasta el vestuario.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con su vozarrón grave.

—Sobreviviré, Jackson. Gracias.

Jackson palpó la rodilla con pericia y dijo al masajista:

—No conviene que vuelva al campo.

—Yo decidiré qué es lo que conviene —replicó el masajista, iracundo.

Cuando recibieron la orden de regresar al terreno de juego, Alvarado no figuraba en el *team*.

—¿Cómo está? —preguntó Ricky.

—Jackson tenía razón —reconoció el masajista—, tiene la rodilla resentida. No podrá jugar hasta dentro de dos semanas.

—¡Mierda! —exclamó Ricky.

Ya había efectuado los dos cambios reglamentarios durante la primera etapa y ahora tendrían que salir al campo con un jugador menos.

Jackson se acercó a él.

—Yo puedo bajar a la defensa y cubrir mi flanco. No estoy cansado.

—«Dum-Dum», creo que tendremos que adelantar nuestra jugada. Perdemos tres a dos y no podremos recuperarnos.

—Tú tienes mi mismo juego y eres tan fuerte como yo —dijo Jackson sin ninguna pedantería—, podremos salir adelante si recomponemos el juego en el medio campo.

—Sí, es una posibilidad.

—La única.

—Bien. Seguiremos con tu plan.

«Dum-Dum» trotó hacia la escalera y desapareció por la boca del túnel.

El masajista cogió a Ricky de un codo.

—Ese muchacho es increíble, creo que has encontrado a tu mejor complemento.

—Sí. Ocúpate de Alvarado, ¿quieres?

* * *

Las dos tribunas laterales, ocupadas casi en su totalidad por los seguidores de los «Angels», vibraban como un diapasón en la tarde apacible. Era como si el resto del mundo hubiese dejado de existir para que toda la energía vital se concentrara en aquella bombonera atiborrada de fanáticos con excelentes cuerdas vocales.

Durante los primeros quince minutos de juego, los dos equipos pelearon por la pelota en el medio campo y prácticamente no hubo situaciones de peligro.

Jackson en el flanco derecho y Crown en el izquierdo reforzaban la defensa y cuando conseguían una buena pelota corrían como demonios para adentrarse en el área enemiga.

En las gradas, Ilona y Marthe, rodeadas por los amigos del «San Francisco Winners», asistían pasmadas a aquel juego enloquecido que practicaban el gigante rubio por el flanco izquierdo y el cíclope negro por la banda derecha.

—Vas a quedarte sin marido, pequeña —bromeó Marthe.

—No creas, el Carapálida tiene un gran poder de recuperación.

El delantero centro de los «Angels» recibió un excelente pase y disparó contra la portería de los «Winners». La pelota golpeó en el protector de la pierna derecha del portero, un pelirrojo de baja estatura y rápidos reflejos llamado Roddy, y rebotó con fuerza.

Jackson corrió desde una distancia de veinte metros, consiguió rebasar al mismo delantero centro que había practicado el disparo y se hizo con la pelota.

Con un juego de cintura digno de la más prestigiosa de las *vedettes,* consiguió burlar al delantero y correr en diagonal hacia el centro del campo. Su rapidez era increíble y Ricky comprendió que había llegado el momento de la primera jugada.

Corrió por el flanco izquierdo alejándose de Jackson y se situó a unos diez metros de los defensas de los «Angels».

«Dum-Dum» corría en zigzag, abatiendo uno a uno a todos los adversarios que procuraban despojarlo de la pelota. Viéndolo, Ricky creyó adivinar por qué le llamaban «Dum-Dum»: su carrera parecía girar sobre una línea imaginaria que demarcaba la dirección original que se había propuesto, y con aquellos giros zigzagueantes se convertía en un bólido imparable.

No pudo continuar reflexionando sobre el tema.

Jackson se detuvo en seco y dos de sus perseguidores pasaron zumbando a su lado. Levantó el palo y propinó un golpe fortísimo a la pelota que salió despedida por el aire trazando un arco perfecto para pasar un metro por encima de la cabeza de Ricky.

Pero Crown estaba preparado; saltó, detuvo la pequeña bala de cañón, la durmió entre sus pies y girando el cuerpo le propinó un toque seco y preciso.

La pelota pasó junto al hombro del portero y se estrelló contra la red.

Buscó a «Dum-Dum» con la mirada, pero el negro regresaba trotando a su puesto, a cubrir el vacío dejado por Alvarado.

Las tribunas parecían una concentración multitudinaria de dementes borrachos atacados por un ataque de mal de San Vito.

El marcador igualaba a ambos contendientes en tres tantos.

—Es maravilloso —dijo Marthe hablando consigo misma.

—Ya lo creo, es mi marido —rio Ilona.

—No hablo del diablo rubio, sino del dios negro.

El partido se convirtió a partir de aquel momento en una batalla campal.

El juego se hizo peligroso. No todos los jugadores eran buenos perdedores y aquel partido significaba mucho para ellos. Además de las primas, el vencedor ocuparía un buen puesto en la liga al final

de la temporada.

En un momento determinado, cuando solo faltaban diez minutos para terminar el segundo tiempo, Ricky Crown pidió un minuto al árbitro y reunió a su equipo.

Los rostros decían a las claras que estaban exhaustos. No podía pedirles más de lo que estaban haciendo.

—Escuchadme bien. Quiero que os dediquéis a defender nuestra portería. Nada demasiado evidente, pero no quiero ofensivas, solo una defensa compacta y efectiva. No os precipitéis sobre el área pequeña pero cubrirla bien. ¿Habéis comprendido?

—Eso no nos permitirá ganar el encuentro —dijo Rocky secándose el sudor que chorreaba por su rostro.

—Tranquilo —dijo Ricky—, ganaremos. «Dum-Dum», ¿podrás detener una pelota volante?

Jackson lo miró estupefacto y luego su rostro se quebró en una sonrisa que desapareció enseguida.

—Sí —replicó.

—Bien, haremos lo siguiente…

El minuto había terminado y el árbitro indicó que el juego debía continuar.

Durante los siguientes cinco minutos el equipo de Crown se dedicó a defender su portería. Los «Angels» se envalentonaron y arremetieron contra el campo adversario dispuestos a obtener el tanto del triunfo.

Ricky miró a «Dum-Dum» y aquella fue la señal convenida.

La primera pelota que consiguió uno de los «Winners» fue a parar a Ricky.

El capitán salió corriendo por su flanco izquierdo con la pelota entre sus piernas, hábilmente controlada por el palo.

Jackson, siempre por la derecha, marchaba paralelo a su capitán.

Ricky se detuvo de golpe y giró su cuerpo. Dejó que tres defensas rebasaran su línea y buscaran una buena posición de cobertura y entonces, cuando los tenía pendientes de su iniciativa, lanzó un tiro en arco hacia Jackson.

La pelota llevaba demasiada fuerza y «Dum-Dum» se lanzó en pos de ella con su velocidad de gamo de caoba y cuando ya parecía que iba a escapársele flexionó las piernas y dio un salto

espectacular, detuvo la pelota con la palma de su mano y la durmió sobre la hierba.

Estaba a treinta metros de la portería adversaria y corrió hacia ella. El único defensa que tenía ante sí le salió al encuentro y entonces «Dum-Dum» se frenó y disparó a la portería.

La pelota pasó entre las piernas del sorprendido defensor que cubrió con su cuerpo la visibilidad del portero y entró junto al palo derecho para desaparecer contra la red.

La ovación resultó impresionante y un centenar de fanáticos vociferantes saltó la alambrada que protegía el campo de juego justo en el instante en que el árbitro daba por finalizado el encuentro.

«Dum-Dum» no pudo evitar que lo sacaran en andas del terreno. Ricky, que también era llevado a hombros de la muchedumbre, le sonrió con admiración.

—Lo hemos conseguido, hermanito —gritó y estiró las palmas de sus manos hacia Jackson.

«Dum-Dum» pareció meditarlo unos segundos, pero reaccionó inmediatamente y —sin sonreír— golpeó con sus manos las palmas abiertas del capitán del equipo.

* * *

—Regreso a Frisco con mi mujer. ¿Quieres que te lleve?

—No.

—Bien, como quieras, Jackson.

—Crown…

—Sí, dime.

—Eres un jugador excelente, Crown.

—Siempre que no me compares contigo, «Dum-Dum».

Los dos hombres se miraron intensamente.

—¿Dices que vas directamente a Frisco?

—Sí, pensé que tal vez quisieras venir con nosotros. Puedes cenar en mi casa. Ilona, mi mujer, suele preparar una suculenta barbacoa después de cada partido.

—Iré contigo, pero no a tu casa. Quiero llegar cuanto antes y en el autocar tardaré mucho tiempo. Los muchachos querrán festejar el triunfo.

—De acuerdo, ¿vamos?

—Sí.

* * *

—Una excelente demostración, chicos.

La voz inconfundible de Goose Baletti los sorprendió en el corredor que llevaba a la salida del estadio.

—Hola, Goose —saludó Crown.

—«Dum-Dum», eres un verdadero mago. Esa jugada fue idea tuya, ¿verdad?

Ricky vio cómo se debilitaba la dura mirada de Jackson al enfrentarse con los ojos de Baletti.

—Fue idea de Jackson, sí señor —intervino Ricky.

—¿Cómo estás, Goose? —dijo «Dum-Dum» y apretó la mano que le tendía el periodista.

—¿Cómo sigue la pequeña muñeca?

—Bien, Goose, muy bien.

Ricky percibió la incomodidad que producían en Jackson las preguntas del periodista.

—¿Ya la has hecho operar?

—Goose... ya hablaremos de ello en otro momento, ¿de acuerdo?

—Sí, claro, amigo. Buena suerte. Cubriré los encuentros durante las finales de la liga. Nos veremos a menudo.

—Hasta pronto, Goose.

Se estrecharon las manos y Jackson se encaminó hacia la salida.

—¿Irás a Frisco en estos días, Goose? —preguntó Ricky.

—Debo hacerlo. Brian Toporsky ha sido nombrado entrenador de vuestro equipo.

—¿Toporsky?

—¿No lo sabías?

—No, no me he reunido con la comisión del club desde hace una semana. Pero me alegro.

—Yo también me alegro. Toporsky es un ejemplo para el deporte.

—Sí, seguí su caso en tu periódico, Goose. ¿Cómo está él?

—Han pasado cuatro años, Crown. No será nunca más el mismo,

pero se ha recuperado lo suficiente como para convertirse en un excelente entrenador. Ya lo verás.

—Bien, llámame cuando llegues a Frisco, Goose. Quiero hablar contigo…

—¿De Jackson?

—Sí, de «Dum-Dum»

—Lo haré.

Se despidieron con un fuerte apretón de manos y Ricky salió en pos de Jackson.

—Vamos, amigo. Allí están las damas —dijo Ricky cogiéndolo del brazo.

Creyó percibir una cierta tensión en «Dum-Dum», como si súbitamente hubiese cambiado de idea y ya no quisiera regresar a San Francisco con ellos.

—¡Cristo, Jackson; ¿no reconoces a un amigo cuando lo ves?!

—Está bien, Crown.

Subieron al coche. Ricky junto a su esposa, y «Dum-Dum» en el asiento posterior.

—Hola, Carapálida —saludó Marthe a Ricky.

—Hola, pantera. Él es Aldous Jackson.

Ilona se dio la vuelta y le ofreció la mano.

—Eres increíble, «Dum-Dum» —dijo con alegría—, has conseguido que mi marido no sea para mí el único ídolo.

—Somos un equipo, señora.

—Llámame Ilona.

—Sí, y a mí puedes llamarme Marthe —intervino la muchacha y su sonrisa resplandeció como una exposición de perlas.

—Hola, Marthe.

Ricky puso el motor del automóvil en marcha y atravesó la ciudad en busca de la salida a San Francisco.

—Ha sido un partido excepcional —dijo Ilona.

—Dime, «Dum-Dum», ¿por qué has venido a jugar a San Francisco? —preguntó Ricky.

«Dum-Dum» miraba por la ventanilla, lejos de Marthe, con las manos entre las piernas aferradas a su bolso.

—Tengo mis razones.

—Lo siento, no pretendía ser indiscreto —se apresuró a aclarar Crown.

—Pues yo sí soy indiscreta —dijo Marthe—, ¿eres casado?

Jackson la miró con seriedad y repentinamente sonrió. Fue una sonrisa triste y fugaz, pero que a Marthe le resultó deliciosa.

—No, no estoy casado —dijo—; soy viudo.

CAPÍTULO V

Marthe e Ilona se miraron con disimulo. «Dum-Dum» había vuelto el rostro hacia el paisaje fugaz e intrascendente que pasaba raudo junto al coche en movimiento.

—Un mes más y estaremos en la final —dijo Ricky, procurando cambiar de tema.

—Serán cuatro partidos fundamentales —añadió Marthe.

—Las esposas formaremos un sindicato para protestar por las ausencias de nuestros maridos —reflexionó Ilona con buen humor.

Algo pareció tocar una fibra sensible en el cerebro de Jackson porque miró hacia Ricky, que conducía a media velocidad, y luego clavó sus ojos refulgentes en el maravilloso ostro de Marthe, que lo observaba con una cierta solemnidad.

—Maridos, mujeres, aficionados... —comenzó a decir Jackson, como si en realidad expresara un pensamiento que arrastraba desde hacía demasiado tiempo ignorando que hablaba en voz alta—... también los periodistas deportivos, todos tendríamos que formar un sindicato, un sindicato para defender el deporte de la porquería que crece a su alrededor.

Y volvió a mirar por la ventanilla.

Marthe se acercó a él y puso su mano de finos dedos oscuros sobre el antebrazo velludo del hombre.

—¿Sabes cómo te imagino, «Dum-Dum»?

En el asiento delantero Ricky e Ilona se miraron furtivamente.

—¿Quieres decir que pierdes tu maravilloso tiempo imaginándome? —replicó Jackson sorprendiendo a todos por el tono amistoso de su voz.

Marthe, sin embargo, no estaba dispuesta a dejarse seducir por la voz del hombre; quería llegar al final.

—Te imagino como un mercenario, de espaldas contra una pared de manteca y sosteniendo entre las manos el palo de hockey como si fuese la espada flamígera de la venganza. Dime, ¿no crees que también hay algunas personas con su corazoncito bien puesto?

—¿Adónde quieres llegar, muchacha?

—A conocerte.

—¿Por qué?

—No pareces un asno, de modo que no tendría que responder a semejante idiotez, pero lo haré porque detrás de este aspecto de rutilante estrella africana late un corazón de pedagoga.

Ilona no pudo reprimir una carcajada.

Jackson observaba el hermoso rostro de la muchacha morena con una expresión divertida, lo cual, en su rostro normalmente mustio, era una especie de feliz ostentación.

—Quiero conocerte porque desde el primer día en que te vi, a distancia, en el juego, embutido en tu camiseta sudada, me dije: ese es mi hombre…

—¿Estás loca?

—Probablemente —admitió Marthe— loca de atar, y todo porque tú te comportas como un espectro huidizo.

—Cada uno tiene su propia historia —dijo Jackson con excesiva seriedad.

—Sí, y algunos la compartimos con la gente que nos merece algún afecto.

—Tú no lo comprendes, pequeña —dijo «Dum-Dum».

Ricky giró por una carretera comarcal y enfiló hacia la salida de San Francisco, evitando el centro de la ciudad.

—Déjame junto al puente —pidió Jackson—, he aparcado allí mi motocicleta.

—De acuerdo —replicó Ricky.

—¿Qué es lo que tengo que comprender? —insistió Marthe.

—Aquí me apeo —dijo Jackson.

—Dime, Jackson… la pequeña, ¿es tu hija? —le lanzó Marthe desde el coche y fue como si lo hubiese fulminado.

«Dum-Dum» la miró con infinita tristeza.

—Iros —ordenó Marthe descendiendo del automóvil.

Ilona pegó un codazo a su marido y Ricky arrancó haciendo rechinar los neumáticos.

—Esa muñeca negra es todo un carácter, ¿no crees?

—Esa muñeca negra está enamorada —replicó Ilona, apoyando la cabeza en el hombro de Ricky Crown.

* * *

El entrenamiento había sido muy duro. Todo el equipo se hallaba en el centro del campo respirando con ansiedad, echado sobre la hierba o en cuclillas, recuperando el aliento.

Ricky Crown, con los brazos abiertos en cruz, respiraba acompasadamente, confortando el excesivo trabajo de su dilatado corazón.

No pensaba en el entrenamiento ni en el partido de la semifinal que se jugaría dos días más tarde. Pensaba en «Dum-Dum» Jackson.

El gigante negro no había vuelto a aparecer por el club desde que lo dejaran junto a Marthe el día que regresaron de Los Ángeles.

Marthe tampoco había dado señales de vida.

Ilona parecía muy divertida con aquella situación, pero Ricky tendría que reportar la ausencia del jugador a la comisión del club.

Su preocupación, además, provenía fundamentalmente del hecho de que esa misma mañana les habían confirmado oficialmente la designación de Brian Toporsky como entrenador del equipo.

Y estaban aguardándolo.

En la torre de iluminación del club, el reloj marcó las diez de la mañana.

Ricky Crown, que se había echado sobre la hierba junto a sus compañeros, divisó el primero a las dos figuras que se acercaban desde los vestuarios.

Aldous Jackson era inconfundible. A su lado, conversando amigablemente, venía un sujeto tan alto como «Dum-Dum», de torso enorme y rostro cuadrado y sólido.

Llevaba el chándal del club y sonreía con alegría. Jackson lanzó una carcajada y palmeó a su compañero.

Todos, incluido el propio Ricky Crown, se quedaron atónitos ante aquella actitud del jugador negro. Jamás lo habían visto sonreír.

—Amigos —dijo «Dum-Dum»—, quiero presentarles al mejor entrenador de todos los tiempos en este duro oficio del hockey, un ejemplo para el deporte nacional, Brian Toporsky.

Automáticamente todas las miradas se dirigieron a las manos del entrenador.

—Bien, ¿qué os parece si os presentáis uno por uno? —rio comprensivo Toporsky.

Mientras uno a uno todos los integrantes del «San Francisco Winners» estrechaban la mano del nuevo entrenador y daban su nombre, Jackson permanecía con los ojos fijos en Ricky Crown.

—Yo soy Ricky Crown, capitán del equipo hasta ahora —sonrió al estrechar aquella mano de dedos ganchudos y endurecidos.

—Lo seguirás siendo, muchacho. Te conozco. Los conozco a todos. Además… Goose Baletti y yo hemos comentado los partidos del «S.F.» durante los últimos seis meses. Podéis confiar en mí. Y ahora, si os parece, me gustaría veros jugar un partido corto. Veinte minutos. Titulares contra suplentes. ¿De acuerdo?

Ricky miró hacia el palco de las autoridades del club. Allí había cuatro miembros de la comisión de deporte y además alcanzó a divisar el cuerpo sólido y compacto de Goose Baletti junto al de una mujer menuda.

—¡A jugar, chicos! —gritó Brian.

Su aspecto físico era el de siempre. Solo que sus ojos parecían más hundidos y debajo de ellos se revelaban dos bolsas oscuras que conferían a su expresión juvenil una cierta y dolorida madurez.

Las manos parecían manojos de dedos artríticos que Toporsky había aprendido a manejar con una cierta habilidad para sorpresa de cirujanos y expertos en rehabilitación.

Todos jugaron con un ímpetu que sorprendió al mismísimo Ricky. «Dum-Dum» y él dedicaron una de sus jugadas características al nuevo entrenador y convirtieron cuatro de los cinco tantos.

Roddy, el pequeño pelirrojo de la portería titular, tuvo que aguantar un par de tantos de parte de los suplentes, que se mofaron largamente de él.

—Bien, muchachos —dijo Brian mirando su reloj—. Hay un par de cosas que quiero que sepan.

Cogió el palo de hockey de «Dum-Dum» y lo hizo girar entre aquellos dedos contrahechos. Sonrió y miró a su equipo.

—Un palo de hockey es como un hijo, hay que sentirlo en todo el cuerpo y guiarlo con amor, forma parte de nosotros y espera lo mejor de cada uno. Fijaos bien…

Cogió la pelota y la depositó a sus pies. Movió ligeramente la

cadera y sonrió.

—Roddy, atención… —dijo.

El pelirrojo, pertrechado tras sus sólidos protectores, se inclinó en el centro de la portería atento a los movimientos del entrenador.

—Cuando uno tiene un hijo puede adivinar qué le ocurre, qué es lo que espera, cómo va a reaccionar ante determinada situación. Todo lo que necesita para ello es ser un buen padre. ¿Entendido? En el hockey los porteros suelen adivinar cuál será el tiro del adversario. ¿Sabéis por qué? Porque los jugadores no suelen ser buenos padres. Si uno es un padre sabio, entonces nadie podrá adivinar cuál será la actitud de su hijo, solo él.

Dicho esto, movió rápidamente el palo y consiguió marcar el tanto ante la absoluta perplejidad de Roddy.

—El palo debe ser vuestro hijo y solo vosotros debéis conocer sus reacciones. Nadie debe adivinar cuál es su personalidad. ¿Comprendido?

Todos asintieron.

Roddy avanzó hacia Brian con una sonrisa en su rostro rubicundo.

—Entrenador —dijo—, su hijo no me gusta nada.

—Eso espero —replicó Brian riendo.

* * *

Cuando salieron de los vestuarios Jackson estaba aguardando a Ricky.

—Chico, creí que habías desaparecido del mapa.

—La culpa es vuestra. Marthe es algo muy especial.

—¿Os habéis hecho amigos?

—Algo mejor. Quiero hablar contigo, ¿tienes tiempo?

—Bueno, tratándose de ti, amigo, mis estudios podrán aguardar.

Ilona estaba esperándolo en el aparcamiento del club.

—Le diré que tú y yo tenemos que hablar.

—No, quiero que ella también escuche lo que tengo que decir. No he sido muy agradable con vosotros.

—Como quieras, amigo —dijo Ricky y pasó un brazo sobre los poderosos hombros del gigante negro.

—Vaya, el secuestrador de artistas morenas en persona —rio

Ilona.

—Hola, Ilona.

—¿Qué has hecho con ella, truhan?

—*Ellas* me han echado de casa —replicó alegremente «Dum-Dum».

Ilona miró a Ricky.

—Sé que una vez nos visteis en la playa. Marthe me lo dijo. Gracias por ser tan discretos. Quiero contaron una historia, ¿de acuerdo?

—Me encantan las historias —dijo Ilona.

Fueron en el coche hasta una cafetería. Jackson los siguió con su motocicleta, una vieja *Iridian* de gran manubrio en forma de bigote antiguo.

Cuando el camarero les hubo servido las cervezas, «Dum-Dum» respiró profundamente y comenzó a hablar.

—Tengo una hija de nueve años, es una muchachita valiente y preciosa. Su madre murió de parto y Cecily nació con una malformación en cadera. No puede andar.

Ilona bajó la mirada.

—Yo he vivido solo para ella. Una vez, hace cuatro años encontré una muchacha. Fue en Colorado. Yo jugaba entonces con los «Diggers» porque allí tiene su clínica el doctor Morton, un especialista muy conocido.

—¿Esa es la razón de tu continuo éxodo? —preguntó Ilona—. ¿Siempre detrás de un nuevo especialista?

—Así es. Los tratamientos son largos y no puedo enviar a Cecily sola lejos de mí. Estamos muy unidos. Bien, hace cuatro años conocí a una muchacha. Nos sentimos muy bien juntos pero cuando Cecily la conoció… fue un desastre. Procuré convencerla de que seguía amándola como siempre pero que necesitaba una mamá y que… pero fue inútil. Dejó de luchar. No respondía a los tratamientos. Fue como si deseara morir. Lorna, así se llamaba aquella muchacha, no soportó la lucha y abandonó. Debo confesar que me había encandilado. No era una mujer fuerte y descubrí que su predilección por mí tenía mucho que ver con… mi fama y mi dinero. Desde entonces he procurado mantenerme al margen de cualquier tipo de vida social. Cecily lo es todo para mí.

—Lo era… —dijo ladinamente Ilona.

Jackson sonrió.

—*Es* cierto, *no sé cómo lo* consiguió, pero Marthe se ha ganado a mí hija. Se han convertido en cómplices. En solo cuatro o cinco días tienen su propio código, sus propios juegos y… estoy encantado.

—¡Esto hay que celebrarlo! —dijo Ricky.

—Marthe es una persona muy especial —reflexionó Ilona—. ¿Crees que te la mereces? «Dum-Dum»?

—No, pero ella no lo sabe —rio el gigante moreno.

—¿Por qué has venido a San Francisco? —preguntó Ricky.

—Nací aquí y aquí aprendí a jugar al hockey. Pero no es esa la razón, amigo. Estoy aquí porque, después de muchos largos y dolorosos tratamientos, Cecily está en condiciones de soportar una intervención quirúrgica decisiva.

—¿Aquí?

—Sí, en San Francisco. Tiene la edad precisa y ha hecho todos los ejercicios que le han preparado para entrar en el quirófano.

—¡Es fantástico! —estalló Ilona.

—Hay un cincuenta por ciento de posibilidades de éxito —agregó tristemente «Dum-Dum».

—Lo conseguirá, debes tener fe, amigo —le alentó Ricky.

—Y necesito reunir los cien mil dólares necesarios.

—¡Santo Cielo, cien mil dólares! —exclamó la muchacha.

—Ya he ahorrado cuarenta mil, espero ganar el resto con las primas de las finales.

—Aldous… —comenzó a decir Ricky.

Ilona miró a su marido y le cogió la mano.

—Es imposible —aseveró Crown—, es absolutamente imposible que consigas tanto dinero en las finales.

—Sé cómo obtenerlo, amigo. No te preocupes —dijo Jackson.

Ilona y Crown se miraron. No comprendían de qué modo podría hacerlo Jackson.

—Bien, no os preocupéis por nada. Todo lo que quería era contaros mi historia, Me comporté como un imbécil con vosotros. Marthe me ha hecho comprender algunas cosas. Creo que voy a adoptarla —bromeó «Dum-Dum»; de ese modo podrá jugar con Cecily.

—Matarás dos pájaros de un tiro, gigantón —terció Ilona—: conseguirás una compañera de juegos para tu hija y una interesante

diosa de caoba para tu adoración particular.

«Dum-Dum» bebió de un sorbo su cerveza y se puso de pie.

—Me voy —dijo—, pero me gustaría que vinierais a mí casa. Mañana, durante el entrenamiento, confirmaré la invitación. He de consultarlo con mi nuevo equipo. ¿Vale?

—Cuenta con nosotros, muchacho.

Lo vieron alejarse en su vieja y poderosa motocicleta. Los dos sentían que algo iba mal pero no sabían qué diablos era.

—Me preocupa —dijo Ricky.

—Sí. ¿Cómo diablos hará para conseguir el dinero?

Una sombra veló momentáneamente la alegría que habían sentido durante toda la jornada.

CAPÍTULO VI

Archie Vunello estaba recostado en su sillón giratorio, detrás de su gran escritorio de imitación caoba. Delante de él brillaban un par de tinteros enchapados en oro con dos plumas de pavo real en plástico de colores, que jamás habían sido utilizadas.

Dos teléfonos, uno blanco y otro rojo, estaban colocados a cada lado de sus brazos.

La oficina era amplia y bien iluminada. Dempsey la labia alquilado por tres meses, el tiempo necesario para organizar el negocio durante las finales de hockey a disputarse en San Francisco.

Erik Garlik, sentado en el alféizar de la ventana, se ocupaba de limpiar las uñas largas y afiladas con una navaja del tamaño necesario para desollar a un buey le regular tamaño. El aspecto de aquel tipejo escuálido, de rostro agudo y ojillos dementes, hubiese resultado ridículo para cualquiera que ignorara que Garlik «Nariz Alzada» era capaz de utilizar aquella navaja en el cuerpo de una colegiala si con ello ganara algún dinero o saciara sus repugnantes instintos.

Dempsey, sentado en un sillón tapizado con un plástico de imitación cuero, con una de sus enormes piernas colgando sobre el brazo del sillón y sus manazas cruzadas sobre el pecho, parecían dormitar como los mamuts lo hacían a la hora de la siesta en épocas pretéritas.

—¿Cuánto tiempo tenemos, señor Vunello? —preguntó Dempsey.

Garlik lanzó su sempiterna risita de ratón.

—El domingo próximo son las semifinales y el siguiente fin de semana se disputará la final. Tendremos; que dar los primeros pasos mañana o pasado. Hace dos meses que preparábamos al terreno.

Dempsey se preguntó por qué razón no realizaban el trabajo desde la habitación del hotel. De ese modo se ahorrarían los cuatrocientos dólares mensuales que costaba el alquiler de aquella oficina a la que jamás llamaría nadie.

Pero Vunello gustaba de jugar al *gangster* de importancia.

—¿Cree usted que Brian Toporsky aceptará nuestra… propuesta? —inquirió Garlik.

—Tal vez —replicó Vunello.

Dempsey dejó de dormitar para mirar a su jefe.

Vunello sonrió con su gesto torcido y encendió un gran puro con su mechero de oro en el que relucían sus iniciales en los bordes de pequeñísimos rubíes.

—Después de aquel follón que se armó hace cuatro años, cuando os ocupasteis de acabar con su carrera de astro deportivo, Toporsky se cuidó muy bien de denunciarnos a las autoridades. Comprendió que nuestra amenaza de acabar con la vida de su mujer era suficientemente veraz. ¿Por qué habría de mostrarse reacio ahora? Ya no tiene una carrera que defender, solo una estúpida actividad de entrenador. Además… ¿quién rechazaría cincuenta mil dólares en estos tiempos que corren?

—Yo no, patrón —dijo Garlik y repitió su estertor de ratón tuberculoso.

—Supongamos que no acepte —insistió Dempsey.

—Ya lo he pensado —dijo Vunello.

—¿Ah, sí?

—Sí, para eso tengo esto, animal —y se señaló su redonda cabeza de cabellos pegados al cráneo.

—¿Qué haremos entonces, jefe?

—Podemos tratar con los dos tipos capaces de echar a perder la final del «San Francisco Winners», Ricky Crown o el negro, ese al que llaman «Dum-Dum» Jackson.

—Hay que averiguarlo todo de esos macacos —dijo Dempsey.

—Exacto y es precisamente lo que haréis tú y Garlik entre hoy y mañana. ¿De acuerdo?

—Delo por hecho, patrón —aceptó Garlik.

—Escuchad, no quiero que cometáis ningún error. Ya me han apretado las clavijas desde Nueva York. En estos cuatro últimos años hemos conseguido un buen dinero pero también hemos agitado el avispero. En Nueva York nos dejan operar en pequeña escala porque estoy protegido por… bien, ya lo sabéis. Sin embargo, no están dispuestos a que nuestras torpezas les compliquen sus propios negocios. Ellos operan a gran escala. Yo no estoy interesado

en millones de dólares, solo en unos cuantos cientos de miles por año. Sin riesgos ni complicaciones... sin competencia. ¿Está claro?

—Sí, patrón —reconoció Dempsey.

Vunello sabía que Dempsey y Garlik eran suficientemente estúpidos como para no desear abandonarlo para unirse a alguna organización de mayor envergadura. Ganaban buena pasta con sus intervenciones en el mundo del hockey y dejaban el terreno expedito para que el hampa grande de Nueva York acaparara el resto. Lo que Vunello no les decía a sus dos secuaces era que el día en que se hallaran en algún aprieto su padrino de Nueva York no les prestaría la menor ayuda, se limitaría a suspirar aliviado por la desaparición de aquel incómodo protegido que se había echado encima.

—Creo que después de esta operación nos tomaron unas largas vacaciones, tal vez un par de años. El escarmiento que dimos a Toporsky nos permitió operar con alguna comodidad, pero no tengo intención de coger más de lo que cabe en mi mano.

Vunello se permitió una sonrisa espontánea. No pensaba en sus secuaces ni en su valía, sino en las mujeres que lo aguardaban en los mejores sitios y a las que podría conseguir con solo agitar sus billetes verdes.

—Vamos, chicos, poneos en marcha —dijo dando un par de palmadas.

Garlik hizo desaparecer su navaja en el bolsillo y Dempsey se arregló el nudo de la corbata.

—Quiero buenas noticias, chicos. Alguno de los dos jugadores debe tener su lado vulnerable. Solo tenéis que averiguar cuál es.

Cuando los matones salieron de su despacho, Vunello aspiró con placer el humo de su habano y miró por el ventanal la amplia bahía de San Francisco y a lo lejos, como una simbólica aparición, la isla de Alcatraz.

* * *

—¿Dispuestos a acabar con ellos? —preguntó Brian Toporsky.

Todos asintieron. El equipo del «San Francisco Winners» en pleno estaba sentado alrededor del entrenador. Todos vestían los chándales grises con las dos bandas amarillas cruzándole el pecho.

Se podía palpar la excitación ante el partido que se iniciaría quince minutos más tarde. Una semifinal de liga significa la posibilidad de entrar por la puerta grande al espaldarazo definitivo: participar en la final. A partir de ella, todos los jugadores se convierten en verdaderos profesionales, en valiosos atletas de hockey requeridos por ese mercado fluctuante que los transforma en figuras cuyo peso se calcula en dólares y cuyo destino contiene la promesa del oro.

—Bien, repasaremos brevemente la estrategia inicial. ¿De acuerdo?

—Brian, escucha, «Dum-Dum» y yo hemos pensado algo esta tarde, no hemos tenido tiempo de analizarlo en profundidad pero creo que merece la pena.

Ricky se acercó al entrenador y le mostró unos diagramas hechos a la ligera sobre unas hojas de papel.

Brian estudió aquella táctica y sonrió imperceptiblemente.

—¿Qué opinas?

—Que es una buena idea, pero no para este partido.

—Brian, Ricky y yo hemos visto algunos videos de los «Rollers», pienso que nuestro proyecto encajaría perfectamente, sobre todo durante la segunda mitad del tiempo complementario.

—Estoy de acuerdo contigo, Jackson —convino Brian, sin dejar de observar los croquis que sostenía en sus manos contrahechas.

—No te entiendo —dijo Ricky—, no entiendo por qué si estás de acuerdo no te parece oportuno para este encuentro.

—Porque es muy bueno el plan de ataque que han construido casi sin reflexionarlo y los «Rollers» serán una presa relativamente comestible sin necesidad de desperdiciar vuestra idea antes de pensarlo a fondo. Creo que es excelente para el gran día.

—La final... —murmuró «Dum-Dum» y Ricky creyó advertir una sombra de preocupación en el semblante moreno de su amigo.

—Sí, lo utilizaremos para la final —aseveró Brian con absoluto convencimiento.

—Tú ganas, maestro —admitió Ricky.

—Quédate con los originales, entrenador —bromeó «Dum-Dum», pero en su voz continuaba latiendo aquella sombra que había transformado su expresión.

—¿Te ocurre algo, Jackson? —quiso saber Brian.

—Nada... estoy bien.

—Jackson, prefiero que me digas que no me concierne lo que te ocurre, pero por favor, no me mientas —dijo Toporsky con una amable severidad.

—Discúlpame, Brian. Tengo algunos problemas que resolver.

—Olvídate de ellos en el campo de juego, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió Jackson, pero en su voz no había ninguna confianza.

Ricky lo llevó aparte.

—¿Qué es lo que te ocurre, «Dum-Dum»? Hace un par de días que estás extraño. Marthe nos dijo que incluso Cecily lo ha notado. Precisamente ahora cuando todo parece haberse arreglado, tú y Marthe, Marthe y Cecily, los tres juntos como una buena familia de buen pronóstico… —la broma final no alteró la expresión de seriedad de «Dum-Dum».

—¡Ricky! no me atosigues! —gritó, dándose la vuelta.

—Tú mismo, amigo —dijo Ricky enfado y se alejó de él para reunirse con el resto del equipo.

Jackson pegó un puñetazo en la pared del vestuario, respiró profundamente y se unió con los demás jugadores.

El partido por la semifinal de liga estaba a punto de comenzar.

* * *

El pitido del árbitro fue el inicio de una guerra. No eran veintidós deportistas empeñados en un juego leal y flemático. Eran veintidós guerreros excitados por la batalla y que no entendían de repliegues o moderación.

En las tribunas, los treinta mil espectadores gritaban alucinados por aquel juego duro y rápido. Era una exhibición de hockey agresivo, fuerte, vigoroso, como si aquellos atletas consiguieran convertirlo en una contienda de fortaleza más que en un despliegue de habilidad e inteligencia.

Veinte minutos más tarde, con el marcador en cero, y los ánimos caldeados, Brian Toporsky pidió un minuto y reunió a sus muchachos.

—Bien, habéis estado perfectos, los «Rollers» se sienten como gladiadores en la arena y están convencidos de que vosotros os sentís del mismo modo. Es hora de comenzar a jugar con

inteligencia. Aplicar la primera parte de nuestra táctica, necesitamos el primer tanto. ¿Habéis comprendido?

—De acuerdo, Brian —replicó Ricky Crown por todos.

Y entonces se produjo el primer espectáculo.

Ricky envió un largo pase a «Dum-Dum», que se detuvo en medio del campo unos segundos, como si estuviera indeciso. Los mediocampistas de los «Rollers» cargaron contra él, sometidos todavía a la presión del juego desarrollado en los primeros veinte minutos. Jackson los aguardó hasta el último momento y entonces eludió a uno de ellos, corrió por el flanco derecho unos veinte metros y volvió a detenerse.

Ricky, en su puesto de *wing* izquierdo, corría por su costado ligeramente más atrasado que Jackson y cuando este se detuvo con la pelota aguardó el largo pase.

La pelota llegó prácticamente a sus pies y Ricky avanzó con ella hacia la portería enemiga. Se hallaba a unos veinticinco metros y muy ajustado sobre la banda izquierda, rodeado por dos defensas, cuando detuvo su carrera y echó un vistazo a la portería. Tres delanteros de su equipo se acomodaban en posición de recibir el centro y «Dum-Dum» avanzaba al trote por su flanco.

Ricky amenazó con enviar el centro pero su palo golpeó la hierba y los defensas que lo custodiaban dieron un salto hacia atrás, entonces golpeó la pelota haciéndole rodar junto a la línea lateral, y con un hábil manejo de su palo la llevó de izquierda a derecha para acomodarla perfectamente para el tiro final.

A la carrera, perseguido por los defensas, es difícil para un *wing* izquierdo colocar la pelota a su derecha en posición de tiro. Rick Crown lo consiguió sin dificultad y lanzó un cañonazo a la portería de los «Rollers».

La pelota se elevó unos centímetros del suelo, rebotó en el palo del portero y entró bajo el travesaño.

El aullido de la multitud no permitió escuchar el silbato del árbitro constatando el tanto marcado.

En el centro de sus compañeros, Ricky Crown era palmeado y abrazado por los «Winners».

En el otro extremo del campo de juego «Dum-Dum», cabizbajo, sosteniendo su palo con ambas manos contra el pecho, trotaba hacia su puesto de *wing* derecho.

* * *

—Es un verdadero diablo —dijo Ilona, saltando de alegría.

A su lado, Marthe miraba con gesto preocupado a «Dum-Dum» mientras su brazo derecho descansaba sobre los hombros de Cecily.

—Papá está preocupado —dijo la niña.

Era menuda, con cabello muy ensortijado color negro brillante y unos ojos enormes y permanentemente sorprendidos. Tenía un torso fuerte y sano; solo sus piernas, desposeídas de vigor muscular, eran excesivamente delgadas.

—No, pequeña —dijo Ilona—, es solo la fatiga.

—Papá jamás se fatiga. Está preocupado —insistió la niña.

—Cecily tiene razón, Ilona. Algo preocupa a «Dum-Dum».

En la tribuna opuesta, con un par de poderosos binoculares, Dempsey observaba a Marthe, Ilona y Cecily.

—Echa un vistazo, Garlik —dijo con voz pastosa—, y dime si no es un grupito interesante.

—La negra es una verdadera hembra —mascculló Nariz Alzada.

—De acuerdo, déjame a mí a la blanquita.

—Es un trato —aseguró Garlik y emitió su risa espástica.

* * *

El primer tiempo terminó con el mismo resultado. Un tanto para los «Winners».

Antes de salir a cumplir con el segundo período, Brian, que había ido aconsejando individualmente a cada uno de sus hombres, se dirigió a todo el equipo:

—Bien, quiero que repitamos la táctica del primer tiempo solo que esta vez no pediré ningún minuto para que rompamos el juego y procuremos un segundo tanto. Me limitaré a hacer una seña a Ricky.

Brian miró expresamente a Jackson, pero él no pareció darse cuenta de ello.

El segundo tiempo tuvo una secuencia similar al primero. Los dos equipos parecían dispuestos a devorarse mutuamente apoyándose exclusivamente en la fuerza y la resistencia. Al promediar el minuto treinta, Ricky descubrió la señal de Brian y

buscó a «Dum-Dum» con la mirada. Jackson asintió.

Los «Rollers» avanzaban con la pelota, ganando terreno en base a pases cortos y precisos cuando Ricky consiguió interceptar un tiro y hacerse con el pequeño balón.

Retrocedió con él casi hasta el área pequeña y de allí comenzó a avanzar. Eludió a un delantero y luego a otro antes de enviar un largo pase al centro medio que detuvo la pelota y buscó a «Dum-Dum» que corría a media velocidad junto a la línea lateral derecha.

Le pasó la pelota mientras Ricky corría en diagonal hacia la línea media del campo de juego, desmarcándose totalmente para recibir el pase corto de Jackson y devolverle la pelota varios metros más adelante y ligeramente hacia el centro. «Dum-Dum» apeló a sus piernas mágicas y alcanzó la bola un segundo antes que el defensor enemigo, lo eludió con un rápido movimiento del palo y casi sin interrupción envió un tiro salvaje a la portería.

La pelota golpeó en el protector de la rodilla del portero y cruzó la línea de gol para detenerse junto a la red.

El portero perdió el equilibrio ante el impacto y cayó hacia atrás cuan largo era. Su cabeza aturdida quedó junto a la pelota.

El alborozo de los seguidores de los «Winners» era irrefrenable y el servicio de seguridad del estadio tomó posiciones para evitar cualquier tipo de desmán.

Afortunadamente no hubo que lamentar incidentes serios. Los «Winners» se dedicaron a defender su portería hasta que se cumplieron los cuarenta y cinco minutos complementarios y, cuando el árbitro señaló el final del partido, el marcador continuaba siendo el mismo: «S. F. Winners», 2 tantos, «Rollers», 0.

Habían ganado la semifinal y se clasificaban para la prueba final.

La alegría de todo el equipo era indescriptible y en los vestuarios la confusión reinante era todavía mayor que en el terreno de juego, invadido por los más fanáticos, y que en las tribunas donde el público se negaba a abandonar el estadio.

Goose Baletti, micrófono en mano y seguido por un cámara, se abrió paso hasta donde estaba Ricky Crown recibiendo un mensaje.

—Muchacho, ha sido excelente —dijo el periodista—, sin embargo, creo que «Dum-Dum» se ha mostrado algo… confundido, ¿no estás de acuerdo conmigo?

—Jackson ha jugado de maravilla, Goose —replicó Crown—, pero si tienes algo que preguntar sobre él será mejor que lo busques en las duchas.

Todos rieron la broma. Una vez, Goose había entrado con el cámara a las duchas y había entrevistado a un jugador desnudo.

—¿Qué piensas de la final?

—Es nuestra. Brian Toporsky sabe lo que se hace. Confiamos plenamente en él.

—Gracias, Ricky.

Goose realizó algunas entrevistas más, pero no pudo conseguir que «Dum-Dum» Jackson saliera de las duchas para responder a sus preguntas.

—Bien —dijo al cámara—, puedes llevarte este material. Yo me quedaré un rato por aquí.

Charló un rato con los jugadores y el equipo técnico del club hasta que descubrió a Brian Toporsky.

—Brian —dijo—, ven aquí, deseo hablar contigo.

—¡Hola, Goose! —el entrenador irradiaba alegría por todos los poros.

—Escucha, lo que voy a decirte es suficientemente serio como para que tomes alguna medida.

—¿Qué dices?

Ricky, que estaba secándose el cabello junto a los dos hombres, prestó atención.

—Sé que Vunello y sus esbirros están en Frisco.

La expresión de Toporsky se alteró como si repentinamente hubiese recibido una descarga eléctrica.

—¿Dónde? —preguntó.

—No lo sé. Solo sé que si están aquí es por algo y esta vez quiero que me digas si se ponen en contacto contigo.

Brian sonrió salvajemente.

—No te preocupes, amigo. Todo lo que quiero es tenerlos entre mis manos antes de que tú puedas entrevistarlos.

—No quiero entrevistarlos, quiero meterlos entre rejas.

—Puedes confiar en mí, Goose.

—Permanece alerta, Brian.

Goose dio media vuelta y se encaminó a la puerta de los vestuarios.

—¡Eh, Goose! —gritó Brian.

—¿Sí?

—Gracias, muchas gracias.

Goose hizo un gesto como si apartara un insecto de delante de su rostro y salió del vestuario.

—Brian, he oído la conversación —dijo Ricky, cogiendo al entrenador de un brazo.

—Tal vez se pongan en contacto contigo, Crown. ¿Sabes cuánto dinero podrían alzarse si consiguieran comprar a los «Winners»?

—No tengo ni idea.

—El número, pequeño, llevaría seis ceros.

Ricky lanzó un silbido.

—Seis ceros, Ricky, pero, créeme, no vale la pena.

Toporsky se alejó sonriente; tenía que alentar a sus muchachos.

CAPÍTULO VII

Ricky, «Dum-Dum», Ilona, Brian Toporsky y su mujer, la pequeña y valiente Rose, estaban sentados a una mesa próxima al pequeño escenario.

El sitio se llamaba «Providence» y estaba encaramado en el lomo de San Francisco, como una atalaya de madera pintada de azul dominando la bahía, la preciosa silueta férrea del Golden Gate y el océano oscurecido por el crepúsculo.

Era una especie de cabaret donde se reunían los aficionados al buen *jazz* y gozaban de algunas tertulias en las que podían huir del estruendo del rock y la absoluta imposibilidad de entablar una buena conversación.

Era una noche doblemente especial. Primero porque habían obtenido el triunfo en la semifinal y debían festejarlo. Segundo, porque Marthe debutaba en el pequeño pero prestigioso escenario del «Providence» que en sus gastadas tablas había albergado a personajes como Gerry Mulligan, Gato Barbieri y el mismísimo Thelonious Monk.

Una luz mortecina permitía una atmósfera estimulante para la charla íntima y confidencial.

«Dum-Dum» había mejorado en parte su ánimo retraído, pero continuaba lacónico y mustio.

Rose e Ilona se habían hecho muy amigas desde que se conocieran un par de semanas antes, cuando Brian se hizo cargo del «San Francisco Winners», y charlaban con entusiasmo.

Ricky y Brian procuraban sacar de su ensimismamiento a Jackson, pero sus progresos eran mínimos.

—Voy a la barra en busca de combustible —dijo Ricky poniéndose en pie.

—Te acompaño, debo vigilar que no cometas excesos —bromeó Brian, siguiéndole.

Se acodaron en la barra y miraron hacia la mesa. «Dum-Dum» parecía fascinado por la inquietante soledad del escenario.

—Ricky, quería hablar contigo.

—¿«Dum-Dum»?

—Escucha, le mentí a Goose Baletti.

—No te comprendo.

—Archie Vunello se puso en contacto conmigo. Hace un par de días, cuando regresaba a casa tras los entrenamientos. Me ofrecieron cincuenta de los grandes si conseguía que los «Winners», de algún modo, estuvieran dispuestos a perder la final.

—Pero… yo creí que…

—Les dije que podían matarme allí mismo, que no me importaba en absoluto, que desde que me rompieron las manos mi vida era un martirio y que en realidad si apretaban el gatillo me harían un favor. Era un *bluff* pero era la jugada que había previsto.

—Brian…

—Déjame terminar, muchacho. Dijeron que podrían ocuparse de Rose y me dieron algunos detalles estremecedores. Te confieso que sentí miedo pero ya habíamos tomado una decisión, Rose y yo… Los envié al infierno, di media vuelta y seguí mi camino. Esperé sentir el disparo en cualquier momento, pero Goose tiene razón, solo son un par de matones dementes y un imbécil que pretende sentirse hampón de categoría…

—Pero te rompieron las manos.

—Sí, y creo que les valió mucho éxito en sus nuevos negocios ilegales dentro del hockey.

—¿Entonces?

—Según Goose trabajan solos y no tienen apoyo de la mafia, son como parias. Dempsey y Garlik, los matones, son peligrosos. Garlik sobre todo, está loco. Pero Vunello los controla. El hecho es que no me dispararon.

—No sé adónde quieres llegar, Brian —dijo Ricky mirando hacia la mesa.

Jackson continuaba mirando fijamente el escenario y las dos mujeres charlaban como cotorras, incapaces de incorporar a «Dum-Dum» a la conversación.

—No han abandonado el proyecto, Ricky. Han buscado otro intermediario.

—¡Dios mío!

—Hay tres personas en el equipo que pueden hacer que los

«Winners» pierdan.
—¿Tres?
—Exacto. Una es el portero, Roddy, pero sé que Roddy estudia en la academia de policía y, si yo lo sé, ellos también. No pueden arriesgarse con él. La segunda persona eres tú.
Ricky sostuvo la mirada del entrenador.
—La tercera es Jackson —dijo Crown.
—Exacto. Y Jackson tiene motivos para aceptar los cincuenta mil dólares que me ofrecieron a mí.
—No lo puedo creer.
—Creo que ha aceptado, o al menos está luchando contra la idea de aceptar. Está preocupado exactamente desde el día siguiente a mí encuentro con Vunello.
—¿Qué podemos hacer?
—Yo sé lo que puedo hacer, Ricky. Creo que no vale la pena hablar con él. Es una decisión que tiene que tomar solo y te diré algo, amigo.
Ricky lo miró expectante. Brian sonrió con tristeza, se miró las manos agarrotadas, suspiró y luego clavó sus ojos penetrantes en el *wing* izquierdo:
—Yo, en su lugar, no sabría qué decisión tomar.
—Tú elegiste en tu momento, Brian.
—Sí, pero en otras condiciones. No tengo una hija que es toda mi vida y a la que cincuenta mil dólares pueden convertir en una personita normal. ¿Qué elegirías tú, chico?
El *barman* puso ante ellos una bandeja con cervezas y Brian pagó la consumición y cogió la bandeja.
Cuando regresaron a la mesa, Ricky Crown no había decidido cuál sería su respuesta a la pregunta del entrenador.
«Dum-Dum» cogió su jarra y bebió la cerveza sin respirar.
Un haz de amarillo iluminó el escenario, que comenzó a girar hasta que el semicírculo vacío fue sustituido por el semicírculo oculto y en él apareció Marthe detrás del micrófono acompañada por un pianista, un batería y un contrabajo.
Sonrió a «Dum-Dum» con aquella sonrisa espléndida y marfileña y con el tercer chasquido de sus dedos la orquesta inició su sesión.
Marthe vestía un vestido negro y corto, muy escotado, y medias oscuras que estilizaban sus piernas preciosas tensas sobre los altos

tacones de sus zapatos charolados.

Tenía una voz suave y sensual, y parecía salir de su diafragma y su corazón antes que de sus cuerdas vocales.

La orquesta era buena y discreta y quince minutos más tarde todos habían sucumbido a la magia de la muchacha morena.

Cuando Marthe saludó y presentó a los músicos, todos de pie pidieron que continuara su actuación.

«Dum-Dum» le envió un beso con la mano, miró a sus compañeros de mesa y dijo:

—Lo siento, amigos, tendréis que disculparme.

Dio media vuelta y, ante la mirada atónita de Marthe que había accedido a la petición del público y comenzaba una nueva canción, salió del local a la noche brumosa de San Francisco.

* * *

La ciudad se preparaba para la gran final. En realidad, San Francisco es suficientemente grande y cosmopolita como para no depender de una final de hockey sobre hierba, pero treinta y cinco mil aficionados locos de júbilo y ardientes defensores de los colores de sus respectivos equipos se pusieron de acuerdo para promocionar aquel encuentro como si fuese esencial a la vida o la supervivencia de la hermosa ciudad de los tranvías y las calles empinadas.

En el estadio de los «S.F. Winners» los entrenamientos eran una lucha continua contra la excitación y los nervios. Todos concurrían al campo por la mañana y por la tarde para dar lo mejor de sí, incorporar cada frase de Brian Toporsky y encontrar en sus cuerpos el máximo rendimiento posible, la mayor habilidad, el esfuerzo supremo.

Todos vivían para el gran momento, todos menos «Dum-Dum» Jackson. O, al menos, el gigante moreno no vivía la final con aquella desesperante algarabía que conmovía a sus compañeros, a sus familias y a la pléyade de aficionados que concurrían día tras día a presenciar los entrenamientos y alentar a sus favoritos.

Ricky Crown no había conseguido penetrar la coraza de «Dum-Dum» y aquella primera invitación a la casa de Jackson, ocurrida casi tres semanas antes no había vuelto a repetirse.

Marthe continuaba viviendo con él y permanecía junto a Cecily casi como una figura terapéutica. La pequeña niña morena sentía adoración por Marthe y la muchacha era la encargada de prepararla afectivamente para enfrentar la operación que «Dum-Dum» ya había acordado con el especialista. Por una de esas casualidades que desesperan a los más descreídos, la fecha fijada para la intervención quirúrgica coincidió con el día de la final. O se practicaba entonces o la niña tendría que aguardar varios meses hasta que el doctor Kirnbaum pudiese atenderla.

Ilona recibía a Marthe y escuchaba los lamentos de la muchacha.

—«Dum-Dum» no es el mismo. Hay algo que lo trastorna y no es exclusivamente la operación de la niña.

—¿No habla contigo?

—Sí, es cordial y amistoso y afectuoso y… pero, no sé, hay una barrera entre los dos. Creo que se trata del dinero.

—Pero si ya ha acordado la operación con el doctor Kirnbaum.

—Sí, sí, lo sé, pero…

Y la conversación no tenía fin; giraba siempre alrededor de un enigma indescifrable.

El único que parecía ignorar los problemas de «Dum-Dum» era, paradójicamente, Brian Toporsky.

En el campo de juego el gigante negro continuaba con su juego impecable. Era un profesional de talento y con una habilidad mágica. Nadie, excepto Ricky y Brian, notaron nada anormal en Jackson. Para el resto del equipo continuaba siendo el tipo duro e impredecible, huraño y lacónico. Su juego era excelente y eso era todo lo que importaba a la hora de juzgarlo de cara a la gran noche de la final.

* * *

La jugada ideada por Ricky y Jackson había sido ensayada una y otra vez hasta convertirse en una especie de perfecto ritual deportivo.

Brian Toporsky sonreía cada vez que conseguían realizarla en el tiempo previsto pero su sonrisa revelaba algo más que una estricta satisfacción.

Goose Baletti aparecía todos los días durante los entrenamientos y en las páginas que le otorgaban los periódicos deportivos más importantes del país figuraban los adelantos del equipo de Brian Toporsky y siempre incluía en ellos alguna pequeña referencia de alerta a la posible incidencia del juego ilegal y mafioso en aquella publicitada final.

Y por fin llegó el gran día.

Desde primeras horas de la tarde, el público ocupó sus butacas dispuesto a presenciar toda la ceremonia.

En los vestuarios, el «San Francisco Winners» en pleno se sometía a una última sesión de masaje y repasaba la estrategia elaborada durante la última semana.

En un rincón de la estancia, «Dum-Dum» Jackson saltaba a la cuerda como si deseara quemar un exceso de energías.

Finalmente llegó el momento de salir al terreno de juego y Brian Toporsky nombró a los titulares del equipo…

El silencio invadió el vestuario en el equipo titular.

—¿Qué diablos…? —comenzó a decir Ricky Crown, pero Brian lo detuvo con un gesto decidido.

—Salid al campo, Crown y Jackson quedaos aquí, tengo algo que deciros.

Cuando estuvieron solos en el vestuario, Brian se enfrentó a ellos y movió la cabeza como si pretendiera rechazar lo que debía decirles.

—«Dum-Dum», no voy a preguntarte nada, pero sé que estos días has librado una dura batalla contigo mismo y sé también cuál es la razón. Ricky también la conoce y ninguno de nosotros hubiese sabido qué decidir en tu lugar.

Jackson miraba fijamente al entrenador.

Ricky bajó la mirada, incapaz de enfrentarse a la humillación que aquello significaba para un jugador del temple y la integridad de Jackson.

Brian, no obstante, prosiguió implacable:

—Creo que has recibido dinero de Vunello, o que te lo entregarán en cuanto los «Winners», gracias a tu intervención, pierdan la final. Yo, te repito, no sé qué decisión tomaría en tu lugar, pero sí sé lo que debo hacer como entrenador del equipo. Decido por ti, «Dum-Dum», y decido que no jugarás este partido.

Se volvió hacia Ricky, le dio una palmada en el hombro y suspiró profundamente.

—Vamos, Ricky, el juego va a comenzar.

—Nuestra jugada... —intentó decir Crown.

—Es una pena, pero se suspende.

CAPÍTULO VIII

La ausencia de «Dum-Dum» Jackson decepcionó al público, pero las cartas ya estaban echadas.

El puesto de Jackson lo ocupaba ahora un buen jugador con el que Ricky se entendía bastante bien: Bud Norris.

Después de jugar en pareja con Jackson, Bud Norris no volvería a ser el mismo para Ricky Crown y los dos lo sabían.

El árbitro dio el primer pitido y comenzó el juego.

Dentro de los vestuarios, «Dum-Dum» parecía ajeno a todo lo que ocurría. Estaba sentado en su banquillo, junto al teléfono, con la mirada perdida entre sus rodillas.

El griterío se produjo al cabo de quince minutos y Jackson supo que el equipo rival, el «Golden Gate Old Boys,» había conseguido abatir la portería de Roddy.

Se apretó las sienes con ambas manos y respiró con ansiedad procurando calmarse. Miró el teléfono con desesperación y volvió a sumergirse en sus cavilaciones.

Las palabras de Brian retumbaban en su cerebro, pero todavía no podía darle una respuesta. Lo que había decidido solo esperaba aquella llamada telefónica para poder dejar de ser un secreto enfermizo en su espíritu.

Al cabo de otros veinte minutos de juego, escuchó el segundo griterío y supo que su equipo perdía por dos tantos.

Se puso de pie y en ese instante sonó el teléfono.

—Soy Marthe —dijo una voz—, por favor quiero dar un recado urgente a «Dum-Dum» Jackson.

—Soy «Dum-Dum»...

—¿Qué haces en el vestuario?

—¿Cómo está Cecily?

—La acaban de sacar del quirófano. El doctor Kirnbaum dice que ha sido un éxito. Ahora hay que aguardar a que despierte y en un par de semanas comenzar el tratamiento de rehabilitación.

—Marthe, por favor, quédate allí.

Y colgó el auricular. Dos lágrimas caían por sus mejillas poderosas.

Ahora podía salir al campo de juego.

Subió a la carrera la escalerilla y se dirigió hacia el banquillo donde estaba Brian Toporsky.

—Brian, quiero jugar.

—No puedes hacerlo, lo siento.

—Brian, no tengo tiempo de explicarte nada, pero…

El árbitro dio por terminada la primera etapa y los jugadores se encaminaron hacia los vestuarios.

Ricky Crown corrió hacia el sitio donde estaban Brian y «Dum-Dum».

—Ahora sí tienes tiempo de explicarme todo lo que desees, Jackson —lo conminó.

Ingresaron al vestuario y, mientras los masajistas se ocupaban de los fatigados músculos de los jugadores, Brian y Ricky se dispusieron a escuchar la explicación de Jackson.

—Voy a ser breve, Toporsky. Vunello se entrevistó conmigo y me dijo que había cincuenta mil dólares para mí si echaba a perder el triunfo de los «Winners». Estaba también allí un tipo de aspecto patibulario llamado Dempsey, que aseguró que, si yo no aceptaba, mi hija tendría problemas. Pensé con rapidez y decidí que quería sesenta mil dólares y los quería antes del partido. Al principio se mostraron reacios pero creo que son unos verdaderos imbéciles y finalmente aceptaron. Te diré una cosa, Brian: no me importaría haber recibido ese dinero del mismísimo diablo ¿lo comprendes?

—Ya te dije antes que en tu lugar no hubiese sabido qué decisión tomar —replicó Brian.

—Pues yo sí lo sabía, amigo. Lo único que necesitaba era que Cecily ingresara en ese quirófano y que Marthe me informara del resultado de la intervención. Cuando lo hiciera procuraría ganar el partido. Hasta ese momento jugaría mal, lo tenía decidido.

—¿Y Marthe te ha llamado? —intervino Crown.

—Sí. Cecily está bien y técnicamente la operación ha sido un éxito. Ahora todo es cuestión de tiempo…

—¡Estupendo! —bramó Ricky abrazando a su amigo.

—Me alegro mucho, «Dum-Dum», pero todavía tengo una duda. ¿Qué hubieses hecho si por cualquier razón esa llamada de Marthe

no llegaba antes de que terminara el partido?

«Dum-Dum» miró fijamente al entrenador.

—Esa pregunta no tiene la menor importancia, Brian —terció Ricky—, la llamada...

—¿Dónde está Marthe ahora? —lo interrumpió Brian.

—En la clínica. Le he dicho que permanezca allí.

—Espero que lo haga, chico, porque Vunello y sus secuaces podrán ser muy imbéciles pero acabas de arruinarlos y no se quedarán de brazos cruzados.

—Lo sé, amigo, pero era mi única oportunidad de obtener el dinero y tuve que aprovecharla.

—Bien, ya discutiremos el asunto, y ahora... a ganar el partido.

* * *

Fueron cuarenta y cinco minutos absolutamente geniales. No hubo rivales para aquella mágica habilidad que parecía crecer cuando «Dum-Dum» Jackson y Ricky Crown operaban juntos sobre el terreno de juego.

«Dum-Dum» parecía superarse a sí mismo y todas sus iniciativas eran fielmente comprendidas por Ricky, que multiplicaba sus habituales jugadas improvisadas como si en esa noche decisiva contara con el «ángel» que pocas veces toca a un jugador de talento.

El primer tanto lo marcó Ricky Crown a los quince minutos, tras una jugada individual de Jackson que culminó con un pase corto y preciso, inesperado por los adversarios por cuanto fue realizado a la carrera y empleando el palo de izquierda a derecha.

A los veinticinco minutos, Bud Norris cogió una bola casi en su propia portería y avanzó hacia el centro del campo buscando a «Dum-Dum», eludió hábilmente a dos mediocampistas y lanzó un pase corto hacia Jackson. La velocidad increíble del gigante moreno permitió que la pelota no volviese a manos adversarias y casi sin mirar la envió hacia el sitio en el que adivinaba se desmarcaría Ricky Crown.

Ricky recibió la pelota y corrió hacia la portería enemiga para detenerse súbitamente y lanzarse en diagonal hacia el lateral izquierdo, dando la espalda a los defensores y sorprendiendo a todo el público.

Jackson buscó un buen ángulo de disparo y aguardó el pase que llegó con violencia y hendiendo la hierba. Detuvo la bola y girando el cuerpo la envió al ángulo superior derecho de la portería. El guardameta no tuvo tiempo de reaccionar.

Con el marcador igualado se aproximaron al minuto cuarenta y tres en una exhibición de juego como nunca se había visto en una final.

En el banquillo de los suplentes, Brian Toporsky se mordía los codos y miraba el reloj continuamente.

Y entonces, nuevamente Bud Norris recibió una pelota de su propio portero, Roddy, y la envió con presteza a Ricky que corría por su flanco izquierdo. Jackson, en el otro extremo del campo, levantó ambos brazos con su palo horizontal y Ricky propinó un feroz golpe a la bola que describió un elevado círculo en dirección al área adversaria. Jackson corrió como un demente, saltó, detuvo la bola con su mano, la durmió entre los pies y con una fuerza que hablaba de toda la tensión vivida en los últimos días la incrustó en la red enemiga, obteniendo el tercer tanto.

¡Habían ganado la final!

Todos corrieron hacia él, pero siempre a la mayor velocidad de sus piernas, «Dum-Dum» se dirigió hacia la salida del vestuario. Las tribunas iban a desmoronarse en cualquier momento y los fanáticos del «San Francisco Winners» se colgaban de las alambradas que flanqueaban el terreno de juego como monos ebrios de excitación.

—¡Brian, me voy a la clínica!

—¿Qué ocurre? —preguntó Crown que llegaba en ese momento.

—Tengo miedo, Brian —dijo Jackson y se introdujo en el túnel que llevaba a los vestuarios.

—¡Voy contigo! —gritó Brian y se lanzó tras él mundo de su eterno palo de hockey, su hijo.

—¿Qué diablos ocurre aquí? —preguntó Goose Baletti que aparecía por la boca del túnel.

—No lo sé muy bien, Goose, pero llama a la policía y diles que vayan enseguida a la clínica Kirnbaum.

—Pero...

Ricky ya había seguido a los dos hombres en el momento en que la marea humana, enardecida por la victoria, conseguía entrar en el campo de juego.

Alcanzó a sus amigos en la salida de servicio.

—No conseguiremos llegar con rapidez —dijo Brian—, allí afuera hay más de diez mil coches interrumpiendo el tránsito.

—Ya he pensado en ello —replicó «Dum-Dum» sin detenerse.

La poderosa motocicleta *Iridian* parecía un monstruo antediluviano que por algún milagro de la glaciación permaneciera en estado impecable.

Jackson saltó sobre ella, encajó su palo de hockey y puso en marcha el motor. Brian se sentó tras él y se cogió a la cintura del gigante negro.

—¡Eh, hacedme un lugar! —reclamó Ricky y sin esperar respuesta se sentó tras el entrenador.

«Dum-Dum» casi sobre el depósito de gasolina arrancó a toda velocidad y la poderosa máquina vibró como un arpa, pero obedeció la orden.

No fue un paseo por San Francisco ni siquiera un viaje ligero, fue un verdadero alarde de pericia de conducción y un récord en infracciones de tránsito.

«Dum-Dum», dominado por una furia salvaje, eludía los coches trepando con la *Indian* a las aceras, acortando camino por esas características callejas con largas escaleras que cortan la ciudad y lanzándose por las pronunciadas pendientes a una velocidad inverosímil para luego volver a ascender las cuestas y girar y volver a enderezar aquel potro obediente y bramante.

—¡Ya llegamos! —gritó por sobre el fragor del motor.

—¡Allí, en el aparcamiento! —aulló Brian.

Efectivamente, en un extremo del amplio aparcamiento de la clínica, iluminados por esa luz lunar del neón blanco, estaban Dempsey y Garlik llevando a rastras a una mujer.

Era Marthe.

«Dum-Dum», como un guerrero prehistórico, enfiló hacia ellos y lanzó un grito que hubiese congelado la sangre del mismísimo Casanova.

La sorpresa espantó a los matones.

Realmente la aparición resultaba alucinante.

Una vieja motocicleta a la carrera, tripulada por tres hombres enardecidos, ataviados con sudados equipos de deporte, portando como armas medievales sus palos de hockey en la noche apacible y

lanzando aullidos demenciales, no era un espectáculo que se pudiera digerir con tranquilidad.

Dempsey arrojó a Marthe contra el coche e introdujo su manaza dentro de la chaqueta.

Antes de que pudiese extraer la pistola, la motocicleta derrapó delante de los matones y Brian saltó como un gato. Con el mismo impulso del salto dio un garrotazo en la clavícula de Dempsey y repitió el golpe en el húmero. Los huesos se hicieron papilla y el poderoso brazo del hampón quedó colgando inutilizado a lo largo de su pierna.

—Quietos —dijo Garlik.

Empuñaba su navaja de desollar en la mano izquierda y se acercaba a Marthe.

«Dum-Dum» dejó caer la motocicleta y casi sin pensarlo, como un verdadero africano de las praderas, arrojó su palo de hockey que estalló contra la frente del psicópata.

El «Cadillac» se puso en marcha y comenzó a alejarse en marcha atrás.

Ricky procuró abrir la puerta pero no lo consiguió. Golpeó entonces el cristal de la ventanilla que se astilló y abrió en él un agujero para encontrarse con el rostro desquiciado de Vunello y el oscuro ojo de una pistola.

Se dejó caer hacia atrás para evitar el disparo que retumbó en la noche como un cañonazo.

—¡Quietos! —gritó Vunello, con el coche siempre en marcha.

«Dum-Dum», abrazado a Marthe, miró hacia el coche que se alejaba.

Dempsey, con un gesto de espantoso dolor en su rostro de energúmeno, hizo un último esfuerzo y con la mano de su brazo sano consiguió abrir la portezuela posterior del «Cadillac» y zambullirse dentro.

Garlik dormía el sueño de los dementes, con el cráneo partido.

Vunello describió un amplio giro y enfiló hacia la salida del aparcamiento en el momento en que dos coches policiales llegaban por la calle empinada haciendo ulular sus sirenas.

De algún modo, Vunello pasó entre los coches y se lanzó cuesta abajo, oscilando de uno al otro lado de la calle, con el poderoso motor a toda velocidad y los neumáticos chirriando.

A doscientos metros, un monstruoso camión de recolección de residuos apareció a marcha muy lenta y asomó su hocico de acero.

Si el bandazo del «Cadillac» hubiese coincidido con la esquina opuesta, Vunello hubiese conseguido pasar, pero tuvo la pésima suerte de que el «Cadillac» enfiló precisamente contra el camión.

Procuró enderezarlo pero iba a una velocidad de mil demonios y solo consiguió que el enorme «Cadillac» se desplazara de costado, colisionara violentamente contra el alto parachoques del camión, diera dos giros, chocara contra el bordillo de la acera opuesta y ejecutara varias vueltas de campana hasta que el depósito de gasolina, lleno, dispuesto para una pronta huida, estallara salvajemente llenando la noche con tremendas lenguas de fuego.

Todo había terminado.

* * *

En la terraza de la vieja casona de madera, sobre los médanos, Brian, Rose, Ricky. Ilona y el propio «Dum-Dum» observaban cómo Cecily, asida a dos barras paralelas daba sus primeros e inseguros pasos.

El aplauso ahogó los sollozos de Jackson cuando Marthe, que sostenía ligeramente a la muñequita negra, sonrió triunfalmente:

—Un aplauso para nuestra pequeña heroína.

Todos abrazaron a la niña y Marthe se apretó contra el duro cuerpo de Jackson.

—Bien —dijo Ricky—, aquí está el final de la historia.

Sostenía en sus manos un periódico con el último artículo de Goose Baletti.

—Vunello y Dempsey murieron en el acto. Garlik parece haberse convertido en un tipo nuevo. Tu golpe en la frente debe haberle servido de lobotomía. Ha perdido la atmósfera y será mejor que no la recupere porque le han descubierto un par de asesinatos. No se habla del dinero en ningún momento.

—Cinco —dijo Toporsky abrazando a Jackson—, tu idea ha salido bien. Hubo unos cuantos riesgos pero confieso que no me había divertido tanto desde que Rose me dijo que no deseaba casarse conmigo.

—Maldito bufón —rio la pequeña Rose.

—A propósito de casamiento… —comentó Ilona con toda la maravillosa picardía de que era capaz—, no creo que nuestra estrella desee que su padre viva en el pecado, ¿no?

—No, creo que Marthe y yo tendríamos que pensar seriamente en la posibilidad de…

—Déjate de discursos, mono pomposo —rio Marthe—; la respuesta es sí, pero con una condición…

—¿Cuál? —preguntó Jackson.

—¿Por qué te dicen «Dum-Dum»?

La carcajada del gigante negro resonó en toda la playa cuando contestó:

—Me puse yo mismo el apodo cuando tenía dos años. Era el nombre de mi osito de peluche.

FIN



EDICIONES CERES, S. A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN